

T
THOMAS
POPCORN MORE

EL
JEFE



Y 
el Bebé 

ESTELLE MATARAZZO

Copyright © 2026 Estelle Matarazzo

Revisión: Estelle Matarazzo

Portada: Estelle Matarazzo

Maquetación: Estelle Matarazzo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los procesos xerográficos y el uso de Internet, sin el permiso expreso de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales es puramente casual.

Todos los derechos de esta edición están reservados a la autora.

Sinopsis

¿Qué harías si tu jefe, sin más, apareciera con un bebé y te suplicara que le ayudaras a cuidar del niño?

Bella no era precisamente un ejemplo de ama de casa, y mucho menos de paciencia con asuntos que no tuvieran que ver con su trabajo; sin embargo, Thomas Willians —su jefe— tenía un punto a su favor: ella estaba completamente enamorada de él.

Así que cuando el pequeño Anthony apareció de repente en su puerta, Thomas se desesperó. Era el padre, pero no tenía ni la más remota idea de cómo cuidar de un bebé.

¿Estaría mal pedirle ayuda a su asistente?

¿Y si, con el paso del tiempo, empezara a desear que su asistente se convirtiera en la madre de su hijo?

Índice

[Sinopsis](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Bella](#)

[Capítulo 1](#)

[Bella](#)

[Capítulo 2](#)

[Bella](#)

[Capítulo 3](#)

[Bella](#)

[Capítulo 4](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 5](#)

[Bella](#)

[Capítulo 6](#)

[Bella](#)

[Capítulo 7](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 8](#)

[Bella](#)

[Capítulo 9](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 10](#)

[Bella](#)

[Capítulo 11](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 12](#)

[Bella](#)

[Capítulo 13](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 14](#)

[Bella](#)

[Capítulo 15](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 16](#)

[Bella](#)

[Capítulo 17](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 18](#)

[Bella](#)

[Capítulo 19](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 20](#)

[Bella](#)

[Capítulo 21](#)

[Thomas](#)

[Capítulo 22](#)

[Thomas](#)

[Epílogo](#)

[Bella](#)

Prólogo

Bella

No debería estar sintiendo todo ese cosquilleo y ese cosquilleo en el estómago, pero así era. Tampoco debería estar tan preocupada por mi aspecto, pero ahí estaba yo... terminando de cubrir mi rostro de piel blanca con una gruesa capa de maquillaje para suavizar el tono pálido. Mis grandes ojos verdes resaltaron después de aplicarme lápiz negro y rímel.

Me sentí guapa.

No es que tuviera ninguna duda sobre mi belleza particular, pero tenía que admitir que Thomas Williams conseguía desestabilizarme hasta el punto de hacerme perder la confianza en mí misma.

La verdad era que, desde que lo conocí, hacía tres años, sentía como si me hubieran robado el corazón. Thomas no tenía ni idea de que me había enamorado de él en el mismo instante en que me contrató como su secretaria ejecutiva.

En varias ocasiones, a lo largo de todos estos años, intenté convencerme de que aquello era una locura y de que aquel hombre nunca se fijaría en mí.

Pero, ¿cómo hacer que mi corazón entendiera eso?

Y se hacía aún más difícil cuando se hacía evidente su belleza, no solo la exterior. Thomas era una de las mejores personas que había conocido en mis veintitrés años de vida. Solía decir que era un ser humano iluminado, pues siempre que podía ayudar a los necesitados, lo hacía.

Mi teléfono sonó, lo que me hizo dar un pequeño respingo de susto y dispersar mis pensamientos.

Después de mirarme un rato más en el espejo, sonreí satisfecha por lo que me mostraba mi reflejo y, a continuación, me eché un poco de perfume.

Cogí mi bolso, las llaves y el móvil, que no paraba de sonar.

—Ahora no puedo hablar, Bianca. —Contesté a mi hermana mayor. Solo éramos nosotras dos.— Me voy.

—¿Salir? ¿A estas horas? —replicó desconcertada—. ¿Así que por fin te has olvidado de esa locura de guardarte para tu jefe y vas a una cita de verdad?

Puse los ojos en blanco ante sus palabras.

Cerré con llave la puerta del piso y me dirigí al ascensor. El edificio en el que vivía era bueno, aunque no estaba muy cerca del trabajo. Thomas era director general de una empresa especializada en la fabricación de palomitas con menos de la mitad de grasa que la versión frita. *Popcorn More* llevaba ya unos años en el mercado y generaba enormes beneficios. Con una sociedad que batía récords de obesidad, la empresa no dejaba de atraer a nuevos inversores.

—Ya te he dicho que no te metas en mi vida, Bianca —refunfuñé, dejando claro mi malestar—. ¿Qué quieres, al fin y al cabo?

Oí su resoplido al otro lado de la línea.

—No me puedo creer que vayas a quedar con él —dijo como si fuera lo peor del mundo—. ¿Es que ese hombre no conoce la legislación laboral? ¿Qué te ha pedido esta vez, eh?

Respiré hondo.

Ni siquiera podía juzgar la opinión de mi hermana sobre mi jefe, teniendo en cuenta que yo era la culpable de todo. A pesar de estar locamente enamorada de él, no podía evitar quejarme de algunos aspectos repetitivos. Ya había habido varios momentos en los que me había visto obligada a asistir a eventos o reuniones para ayudarle —fuera de mi horario laboral— cuando sabía que no era necesario.

—No voy a ninguna reunión ni a ningún evento —revelé, sintiendo cómo me latía rápido el corazón. La verdad es que no lo sabía con certeza. Lo que sí sabía era que Thomas me había llamado hacía casi una hora para pedirme que fuera a su ático. Nada más.

— *¿Y adónde vas entonces?*

Desactivé la alarma de mi coche al llegar al aparcamiento del edificio.

—¡No es asunto tuyo! —exclamé, impaciente.

—*iArgh! ¡Qué grosera!* —refunfuñó él a su vez—. *No me engañas, sé que vas a quedar con él. Solo espero que ese idiota no te rompa el corazón, porque soy capaz de coger el primer vuelo a Manhattan solo para hacerle lo mismo a él, sea guapa o no.*

Esta vez, me eché a reír.

Mi familia era extremadamente protectora entre sí, aunque también entrometida.

—No hace falta que te pongas agresiva —dije entre risas, mientras me subía al coche.

—*De acuerdo* —comentó, riéndose también un poco—. *Mamá quiere saber si todo está listo para tu llegada. De hecho, todos estamos deseando que vengas.*

Respiré hondo, recordando el evento familiar. Nuestra abuela estaba a punto de cumplir cien años y, sin duda, se merecía una fiesta para celebrar su centenario. Toda la familia se reuniría para la celebración.

—¡Claro que está todo listo! —exclamé—. No me perdería el cumpleaños de la abuela por nada del mundo. —Sonreí.

—*¡Qué bien!* —Ella también sonrió—. *Voy a colgar ahora y dejarte ir a tu cita con quién sabe quién, aunque sé que es con Thomas, en algún evento aburrido suyo.*

Hice una mueca, aunque mi hermana no pudiera verla.

—¡Bianca!

—Vale, vale... ya no está aquí quien ha hablado —murmuró entre risas—. *Un beso, hermana. Te quiero.*

—Yo también te quiero —respondí, haciendo pucheros—. ¡Qué pesada!

Corté la llamada, indignada por el abuso, pero riéndome.

En cuanto llegué al lujoso ático donde vivía Thomas, me abrieron la puerta automáticamente. Estaba nerviosa y con las manos sudorosas, ya que no tenía ni idea de lo que iba a pasar a continuación. Cuando me llamó, no me dio muchos detalles, solo me pidió que fuera a su piso con urgencia.

Obviamente, al principio me extrañó, ya que sabía que tenía una reunión esa noche. Sin embargo, si fuera para acompañarle, sin duda me lo habría dicho.

Respirando hondo, salí del ascensor cuando se abrieron las puertas y caminé hasta la única puerta de esa planta. Levanté la mano y toqué ligeramente la madera. Thomas apareció en mi campo de visión, mostrando desesperación y pavor.

—¡Gracias a Dios que has venido! —exclamó, mientras se ajustaba la corbata granate—. Por favor, entra —dijo gesticulando, agarrándome del brazo y empujándome hacia el interior del piso—. Sé que no tengo derecho a pedirte más de lo que ya te pido constantemente, Bella, pero...

Mientras hablaba, me empujaba hacia las escaleras, para llevarme al piso de arriba. ¿Al dormitorio, tal vez? Todo mi cuerpo empezó a hormiguear ante la mera idea.

No podía apartar la mirada del movimiento que hacían sus labios mientras me hablaba, aunque no prestara atención a nada de lo que decía.

De repente, entramos en una de las habitaciones y mis ojos se abrieron como platos al ver a un bebé durmiendo en la cama.

—*iMamma mia!* —exclamé con puro *asombro*—. *Hay... hay* un bebé en tu cama —señalé, temblorosa.

Thomas parecía tan nervioso como yo, o incluso más.

—Lo sé —dijo en un murmullo angustiado—. Y necesito que lo cuides por mí mientras voy a la reunión con los chinos.

Parpadeé, incrédula y un poco furiosa. No tardé en darme cuenta de que su invitación solo había sido para utilizarme... como siempre.

Al acercarse a mí, ese hijo de puta me cogió las manos entre las suyas, apretándomelas y mirándome con esa mirada de perro abandonado. Su rostro, a pocos centímetros del mío, me hizo admirar sus hoyuelos y sus labios sonrosados. Sus ojos azules se clavaron en los míos, firmes e intensos.

—Por favor, Bella —suplicó—. No confío en nadie más, ya lo sabes.

No es que conociera toda su vida, ni mucho menos. Pero solíamos hablar a menudo de pequeños detalles, y descubrí que Thomas solo tenía a su madre, aunque su relación era conflictiva.

Bajé la cabeza y, acto seguido, volví a mirar el paquetito que había sobre la cama. Parecía tener unos seis meses.

—Está bien —solté de golpe—. Vete ahora mismo antes de que me arrepienta.

Se estremeció de alivio. Me quedé paralizada de miedo cuando, en su entusiasmo, me abrazó, ocultando mi pequeño cuerpo entre los suyos.

Me quedé sin aliento.

Me quedé paralizada.

Me embriagué con su perfume.

¡Dios mío! Estaba loca de amor por ese hombre.

Capítulo 1

Bella

De niña, solía oír a mi madre decirme que mi corazón era tan grande como mis propias fuerzas. Decía que, algún día, mi bondad podría meterme en un buen lío.

Y allí estaba yo... a mis veintitrés años, sintiendo cómo el arrepentimiento me carcomía por dentro y por fuera, mientras veía al bebé revolviéndose en la cama con esas piernecitas cortas y regordetas.

¿Por qué no fui capaz de decirle que no a ese pecado con forma de hombre?

Thomas no podía tener tanto control sobre mí. ¡Era injusto, por no decir ridículo!

Nerviosa, empecé a rebuscar en la bolsa del pequeño, que estaba tirada a los pies de la cama. Pasé tanto tiempo allí, parada como una idiota, después de que Thomas se marchara, que tardé en darme cuenta de que, cuando el bebé se despertara, necesitaría comer y, probablemente, que le cambiaran el pañal.

Notaba cómo me temblaban las manos mientras rebuscaba en el contenido de la bolsa. Encontré el biberón y las pastillas. Pero no tenía ni idea de si habría leche en la nevera.

Eché un vistazo al bebé en cuanto empecé a oír sus gorjeos.

Me acerqué, después de dar la vuelta a la cuna, y me incliné para observarlo mejor. Los ojos azules eran los mismos que los de Thomas. La boquita era pequeña y roja, y se chupaba los dedos, con aire hambriento e impaciente.

—Hola, pequeño. —Le acaricié su carita rosada—. ¿Tienes hambre, eh? —Lo cogí en mi regazo, analizando sus reacciones. Su mirada fija en la mía era seria y curiosa. Parecía estudiarme, tal y

como yo lo estaba haciendo con él. —¿Estás intentando seducirme? —Bromeé, pellizcándole la naricita. Su gritito sonó fuerte, haciéndome derretir de puro amor. ¿Cómo pudo su madre dejarlo atrás de esa manera?

Salí de la habitación y me dirigí a la cocina para *prepararle* unas gachas. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero sin duda sería más fácil que los cálculos que tenía que hacer en mi día a día en la empresa.

Un rápido vistazo al reloj me hizo darme cuenta de que Thomas llevaba ya unas dos horas fuera, lo que me hizo sospechar. Sabía que la reunión con los chinos no tardaría tanto, teniendo en cuenta que ya llevaban unas semanas comunicándose por teleconferencia. No quería creer que él, sencillamente, me hubiera abandonado allí con ese bebé tan mono.

Manteniendo el equilibrio, me arrastré de un lado a otro por aquella cocina, sujetando al bebé con un brazo y utilizando el otro para preparar el biberón. Nunca había tenido experiencia con niños, aunque deseaba formar mi propia familia.

Una vez lista, calenté la papilla en el microondas y, a continuación, fui al salón.

Acuné al niño en mi regazo y le di el biberón. Me resultó imposible no sonreír al ver con qué avidez empezaba a succionar el líquido espeso. Sus preciosos ojitos se fueron cerrando automáticamente a medida que su barriguita se iba llenando. No pude evitar pensar en lo egoísta que había sido la mujer que le había dado a luz al abandonarlo como si no fuera nada. La verdad era que mi mente bullía con todas las posibilidades, preguntas y dudas sobre todo aquello, teniendo en cuenta que ni siquiera sabía que Thomas había tenido una relación que hubiera dado lugar a un hijo. Obviamente, no teníamos toda esa intimidad, aunque yo lo deseaba con todas mis fuerzas.

—Eres el bebé más bonito que he visto nunca —susurré, acariciándole las mejillas rosadas y regordetas.

Al cabo de unos minutos, lo llevé de nuevo al dormitorio y lo acurruqué en la cama. Lo rodeé de almohadas y cojines, por miedo a que se despertara y se cayera.

Frustrada, me quité los zapatos y me puse más cómoda, ya que mi noche imaginaria —llena de sexo con mi jefe— se había ido al traste. Intenté concentrarme solo en el lado positivo... estaba haciendo una buena acción.

Medianoche en punto.

Mi paciencia ya estaba por los suelos y lo único en lo que mi mente podía pensar era en las innumerables posibilidades de acabar con mi jefe. Era obvio que se había olvidado de mí y de su propio hijo. Era evidente que, sencillamente, estaba actuando como si fuera mi obligación pasar la noche haciendo de niñera de un niño que no era mío.

Pasé las últimas horas deambulando por todas las habitaciones; husmeando en todo y descubriendo detalles que, hasta entonces, solo existían en mi imaginación. Admiré su habitación... olí su ropa... y me imaginé revolcándome con él por el suelo, los dos desnudos...

Sin embargo, en ese momento, ya no quedaba amor en mi interior, solo rabia y frustración.

Amarlo no significaba pasar por alto sus errores.

A las dos de la madrugada empecé a oír el ruido del pomo de la puerta. Como estaba echando una siesta en el sofá, me desperté de repente, asustada. Enseguida me levanté, un poco aturdida, y corrí al vestíbulo a tiempo para vislumbrar la llegada de ese holgazán de mi jefe. Estaba tan enfadada que lo que me apetecía era lanzarme sobre él.

—¿Acaso se ha olvidado de que yo también tengo una vida? —le pregunté en cuanto lo vi cerrar la puerta, todavía de espaldas a

mí. Mi voz alterada pareció asustarlo. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba borracho.

¡Justo lo que me faltaba!

—*Por-por* favor, no... grites —murmuró, tambaleándose y presionándose la cabeza.

Pasó a mi lado, casi tirándome al suelo al chocar sin querer con mi brazo. Fui tras él como una loca.

—¡No me puedo creer que te estuvieras emborrachando mientras yo estaba aquí cuidando de tu hijo, Thomas! —exclamé, indignada—. ¿Al menos fue en la reunión con los chinos?

—¡Claro que sí! —replicó, casi ofendido. Se dejó caer en el sofá, derrotado y sin fuerzas. —Es que no sabía qué hacer cuando llegara a casa... —me miró con esos ojos asustados—. No entiendo nada de bebés... ni *sé cómo* cuidar de niños. —Se llevó las manos a la cara y se la frotó, despeinándose. Me fijé en que tenía la ropa toda arrugada.

Suspirando, me dejé caer a su lado en el sofá. Acabé compadeciéndome de él.

¡Oh, mio Dio! Era muy influenciable.

— Al fin y al cabo, ¿cómo ha aparecido este niño aquí? ¿Desde cuándo sabes que tienes un hijo?

Respirando con dificultad, se inclinó apoyando los codos en las rodillas; miró al frente, pero sin ver nada en realidad.

—Fue un descuido de una noche —respondió con la voz un poco entrecortada, pero lo entendí perfectamente—. Cuando me enteré, insistí en hacerme cargo del niño después de que hiciéramos la prueba de ADN. Jenna es una mujer totalmente desequilibrada. No tiene ni el más mínimo tacto para ser madre. —Sacudió la cabeza, perdido—. Siempre la he ayudado con los gastos, pero no tenía pensado criarlo. Esa loca, sencillamente, apareció aquí y me dejó a nuestro hijo, y luego se marchó. ¿Qué voy a hacer con este niño, Bella?

Me sentí angustiada ante su desesperación.

Le cogí las manos entre las mías, intentando transmitirle una tranquilidad que yo misma estaba lejos de sentir.

—Estoy segura de que las cosas se arreglarán —afirmé, esforzándome por mostrarme optimista—. El niño es un encanto. Ni siquiera ha llorado. —Solté una risita solo para intentar aliviar el ambiente.

De repente, percibí un brillo diferente en sus ojos. Me asusté cuando sus manos apretaron las mías y su cuerpo se volvió completamente hacia mí.

—Tienes que ayudarme —me pidió con tono suplicante—. Tienes que ayudarme a cuidar de este niño.

Abrí mucho los ojos y parpadeé frenéticamente.

—¡Ni hablar! —Negué con la cabeza, soltándome de sus manos y poniéndome de pie. Todo mi cuerpo se tensó—. Ese es un problema tuyo, Thomas. Lo siento.

Lo dejé en el salón y subí corriendo las escaleras para coger mis cosas. Tenía que salir de allí lo antes posible.

—Pero ni siquiera has escuchado mi propuesta —murmuró a mis espaldas. Me sorprendió incluso que hubiera conseguido subir las escaleras tan rápido, a pesar de su evidente embriaguez.

—No me interesa. —Volví a negarme, sentándome en la cama para ponerme las sandalias—. Tú fuiste quien hizo a ese bebé tan mono, así que asume las consecuencias. Yo no tengo nada que ver con eso.

Thomas se desesperó y se puso de rodillas delante de mí. *¡Oh, madre mía!* ¿Por qué tenía que hacerme eso a mi tonto corazón?

—Te prometo que te pagaré una buena suma de dinero —declaró, mirándome con ojos suplicantes.

Mi corazón latía a destiempo mientras miraba de él al precioso y regordete bebé que dormía en la cama.

¡Mierda!

—*iOh, dannazione*^[1], Thomas! —exclamé en italiano, indignada conmigo misma—. ¡Basta ya!

La desesperación iluminaba sus hermosos rasgos.

—Podrías venir a vivir aquí —insistió, poniéndose de pie mientras se aflojaba la corbata—. ¡Sería perfecto! —balbuceaba como un loco.

Parpadeé, incrédula.

—¿*V-vivir* aquí? —Mi voz apenas se oía.

—Claro —respondió como si fuera obvio—. ¿Cómo piensas cuidar de él a tiempo completo?

—¿Pero quién ha dicho que haya aceptado? —pregunté con voz ahogada—. ¡No me he estudiado para ser niñera! —me indigné.

Y ahí estaba otra vez... el pánico en sus ojos... el miedo a que yo no aceptara.

—Por favor, Bella... ¡Te duplico el sueldo! De hecho, te lo triplico. Pero no me dejes tirada.

Me quedé en silencio, analizando todo... asimilando sus palabras.

—Mira... —sacó un talonario de cheques y garabateó algo rápidamente—. Te adelanto el primer sueldo, por favor, acéptalo. Si te parece demasiado, al menos quédate el tiempo necesario hasta que encuentre a alguien en quien confíe.

—¿Cómo se llama? —susurré la pregunta, señalando al bebé.

—Anthony —respondió, dirigiendo la mirada hacia su hijo dormido—. El pobrecito fue fruto de una noche de borrachera y sexo desenfrenado, no entraba en mis planes. Su madre no va a volver y yo no puedo abandonarlo.

—¿Tu familia no puede ayudarte?

—¡Ni siquiera saben que el niño existe! —explicó, cansado—. Su madre es una mujer sin escrúpulos, si sabes a lo que me refiero...

Me quedé pensativa. Era obvio el tremendo lío en el que se había metido y, lo peor, parecía totalmente perdido. Pero mi vida ya era un auténtico caos, ¿cómo iba a poder ocuparme de un bebé?

Cogí el cheque y se me cortó la respiración al ver la absurda cantidad. Me habría caído de espaldas si no hubiera estado sentada.

No podía ser hipócrita y negarme a mí misma lo beneficioso que sería ese dinero en mi vida.

— ¡*Argh!* — refunfuñé, sacudiendo la cabeza, sin poder creer que fuera a aceptar toda esa locura. — Vale. Lo aceptaré.

¡Qué lío!^[2]

Capítulo 2

Bella

Apenas había amanecido cuando abrí la puerta de mi piso. Me sentía agotada, teniendo en cuenta que casi no había dormido nada. Tras mi charla con Thomas, horas atrás, él acabó dándose una ducha y decidió dormir en la habitación de invitados, mientras yo me quedé en la suya con el niño. Pasé la noche en vela, por miedo a aplastar al bebé con mi cuerpo, ya que no estaba acostumbrada a compartir la cama con nadie.

—¡Ay! —refunfuñé para mis adentros mientras dejaba caer mi bolso en el sofá y me quitaba los tacones—. Estoy destrozada.

Descalza, recorrí el camino que me llevaría a la cocina y, a continuación, preparé la cafetera, pues me moría de ganas de tomarme un café bien fuerte.

Pulsé el botón de mi contestador automático y la voz de mi hermana no tardó en resonar en la habitación:

— *¡Buenos días! ¿Y bien? Apuesto a que te has levantado con muy mala cara porque tu jefe te ha vuelto a engañar, ¿verdad? ¿Qué te ha mandado hacer esta vez?*

Puse los ojos en blanco al instante, molesta por sus palabras. Bianca solía ser pesada la mayoría de las veces. De hecho, no solo ella.

Ignoré su mensaje y me fui a mi habitación. Necesitaba darme una ducha urgentemente antes de volver al piso de Thomas.

Un rato después

Acababa de llegar al edificio donde vivía Thomas cuando recibí su llamada.

—¿Dónde estás? —me preguntó con tono imperativo—. *¡El bebé no para de llorar, Bella, por el amor de Dios!* —su tono denotaba pura desesperación. Casi me eché a reír.

—Ya voy —le avisé, sin aliento, por todo el ajetreo del día—. Envía a alguien a ayudarme con mis cosas, por favor —le pedí—. Acabo de entrar en el garaje del edificio.

—*De acuerdo.* —Colgó.

A pesar de estar tan liada, conseguí sacar todo del maletero. Justo después, alguien vino a echarme una mano. Era un chico muy joven y atento.

—Supongo que usted es Bella, ¿verdad? —preguntó, sonriendo—. Me llamo John. El señor Thomas me ha pedido que le ayude con el equipaje —dijo, haciendo un gesto con la mano—. ¿Puedo? —Señaló mi maleta con ruedas.

Exhalé, sintiéndome sin aliento.

—Por favor... —le di permiso—. Cuando preparé mis cosas, no imaginé que la maleta pesaría tanto —murmuré, mientras caminábamos uno al lado del otro—. Creo que soy una mujer llena de baratijas —solté una risita, acompañada por él.

— La señorita es mujer, y las mujeres suelen llevar más equipaje. Es normal —sonrió amablemente. Sus hoyuelos le daban mucho encanto.

Cogimos el ascensor y seguimos charlando, aunque sobre ningún tema relevante.

En cuanto llegamos a la planta de Thomas, le di las gracias a John y él se alejó, volviendo al ascensor.

Me llevé un susto tremendo cuando mi jefe abrió la puerta y el llanto agudo de Antony invadió mis oídos.

—¿Por qué has tardado tanto? —se quejó, con los ojos muy abiertos, mientras mecía al niño de un lado a otro. Me fijé en que su traje estaba todo arrugado y manchado. También tenía pequeñas ojeras bajo sus ojos claros. —Ya sabes que el bebé no ha dormido

bien, así que se ha despertado con el pañal sucio. He intentado prepararle las gachas, pero creo que no le han gustado, porque me ha vomitado encima —se quejó, mientras yo seguía parada en la puerta—. Huelo a vómito y a caca.

Me llevé la mano a la boca, intentando ocultar las ganas de reírme ante su discurso desesperado. Antony seguía refunfuñando en su regazo.

—¿Has conseguido cambiarle el pañal? —pregunté, estirando los brazos para coger al niño.

—Lo intenté, pero creo que no salió muy bien —dijo, haciendo una mueca—. ¡Maldita sea! Llego tarde a la empresa.

—No me has contado cómo fue la reunión con los chinos —comenté al entrar. Le pedí que me trajera mis cosas, que se habían quedado en la puerta. —¿Han aceptado la colaboración? —Sería maravilloso que las palomitas de *Popcorn* se comercializaran en China.

—Han pedido una semana para dar una respuesta —respondió—. Pero tengo confianza.

Caminé por el vestíbulo, observando al pequeño Antony. Necesitaba un baño, además de estar, claramente, de mal humor.

—¿Has pasado por una tienda de niños? —preguntó Thomas de repente, haciéndome mirar hacia atrás, en su dirección. Vi que rebuscaba en mi bolsa de ositos de peluche.

—No —respondí, acercándome—. Estos ositos son míos. —Me miró con incredulidad—. No puedo dormir sin mi Bob Esponja.

En cuanto lo dije, Thomas se echó a reír a carcajadas. Me invadió una mezcla de rabia y vergüenza. No tenía la culpa de sentir apego por mis ositos.

— ¿Entonces duermes abrazada a «*Pantalón Cuadrado*»? —se burló, lo que me irritó. Tenía la cara roja de vergüenza. — ¿Dónde está? —preguntó, rebuscando en el contenido de la bolsa que tenía en las manos.

Enfurecida, le quité la bolsa de las manos.

—¿Por qué no te vas a dar un baño y te arreglas un poco, en lugar de perder el tiempo burlándote de mis ositos? —gruñí, dejando clara mi indignación.

Thomas parpadeó, dándose cuenta de que me había enfadado. Su postura se volvió rígida mientras intentaba esquivar la situación embarazosa.

—Vale, vale, lo siento —levantó las manos, alejándose y disimulando mientras miraba la hora en el reloj—. Creo que... —se rascó la garganta— voy a subir a darme un baño.

Al decir eso, dio media vuelta y, prácticamente, salió a toda prisa.

Media hora después, estaba terminando de cambiarle el pañal sucio a Antony cuando oí a Thomas llamándome desde el baño. Dejé al niño en el suelo, donde ya había colocado almohadas y cojines, y salí de la habitación, recorriendo el pasillo hacia el baño de invitados.

—¿Qué pasa? —pregunté tras llamar a la puerta.

—¿Me puedes traer una toalla? Se me ha olvidado —respondió.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? Por casualidad, no querrás que entre ahí, ¿verdad? —Automáticamente, mi mente se llenó de imágenes obscenas sin que pudiera controlarlo. Sentí cómo se me calentaban las mejillas al imaginarlo desnudo. ¡Maldita sea! Empecé a quedarme sin aliento.

—¡Solo tienes que abrir la puerta y pasármela, Bella! —explicó él, totalmente ajeno a mi desesperación interior.

Nerviosa, fui a su habitación y busqué toallas en su armario. Mientras buscaba, oí llorar al pequeño Antony. Unos instantes después, volví al baño, pero con el bebé en brazos. Temblando, di un golpecito en la puerta y la abrí, pero acabé tropezando por los nervios y por llevar al niño en brazos, así que la puerta se abrió más

de lo que debía y vi... *¡Oh, mio Dio!* Vi la magnífica belleza del hombre que dominaba mis pensamientos las veinticuatro horas del día. Sin aliento y mortificada, le lancé la toalla y traté de escapar lo más rápido posible; sin embargo, volví a tropezar y me golpeé la frente contra el marco de la puerta.

—¡Ay! —exclamé, notando que me había hecho un rasguño.

Unos instantes después, Thomas se acercó.

—¿Te has hecho daño? —preguntó angustiado.

—No ha sido nada, todo va bien —me apresuré a decir, porque estaba deseando salir de allí lo antes posible. Me moría de vergüenza de mirarle.

—¡Ni mucho menos! Déjame ver... —exclamó, acercándose hacia él. Sus ojos se fijaron en mi frente—. Tienes un pequeño corte. —Lo examinó minuciosamente—. Ven...

Me arrastró hasta el lavabo, de donde sacó un botiquín de primeros auxilios. Yo era un manojo de nervios; lo único que mi cerebro era capaz de mostrarme era la rápida visión que había tenido de su cuerpo, gloriosamente desnudo. Y allí... estaba el ser humano... cubierto únicamente con un trozo de tela alrededor de la cintura. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué me tientes?

Contuve la respiración todo lo que pude; estaba tan tensa que Antony, en mis brazos, pareció sentir mi tensión, porque empezó a lloriquear.

—Oh, cariño, no llores... Shh... —murmuré, forzando la voz.

En ese momento, Thomas terminó de pegar la tirita sobre el corte y eso hizo que el pequeño soltara una risita encantadora. El sonido agudo nos hizo reír a los dos.

Aparté la mirada del niño y me topé con Thomas mirándome con un brillo diferente; me sentí avergonzada.

— Soy un desastre como padre, y tú como niñera —susurró en tono divertido.

Sonreí.

—Niñera y secretaria —le corregí, arrancándole una preciosa sonrisa.

Por un instante, nos perdimos el uno en el otro; estábamos tan cerca que podía oler el aroma de su piel y de su pelo recién lavado... No me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta el momento en que él, por fin, se apartó, con aire incómodo.

— Bueno, yo... —se aclaró la garganta— voy a arreglarme e irme a la empresa.

Asentí con la cabeza, arreglándome un poco.

—Vale —murmuré, sin saber muy bien qué decir—. Yo... me ocuparé del bebé —dije. Pero él ya había salido del baño.

¡Maldita sea!

Capítulo 3

Bella

Sabía que cuidar de un niño no sería una tarea fácil, pero me di cuenta de que era mucho más difícil de lo que imaginaba. El pequeño Anthony tenía seis meses, así que estaba empezando a descubrirse a sí mismo y a descubrir el mundo; tenía las encías inflamadas, señal de que pronto le saldrían los dentitos. A pesar de todo el trabajo, me sorprendí varias veces mirándolo con ojos enamorados, preguntándome cómo su madre había tenido el valor de abandonarlo.

Tras una mañana agitada, teniendo en cuenta que aún no había conseguido organizarme en mi nuevo trabajo, recibí una llamada de Thomas.

—¿Me vas a decir que ya me echas de menos? —bromeé al contestar. Todavía me ardía la piel desde nuestro insólito momento de esa misma mañana, en el baño. Sonreí, mirando a Anthony, que jugaba en el suelo, rodeado de cojines y juguetes.

Thomas suspiró.

—*No lo voy a negar* —admitió—. *Esto es un caos sin ti.*

Solté una risita.

—No seas tan melodramático, Thomas. —Puse los ojos en blanco, aunque me sentía feliz de ser necesaria para él.

—*Pero lo digo en serio* —murmuró con tono cansado—. *Estoy completamente perdido.*

Fruncí el ceño, preocupada.

—¿Qué pasa?

— *¿Te acuerdas de dónde dejaste los apuntes sobre la empresa con la que hemos firmado recientemente un acuerdo de colaboración? La reunión con ellos empezará dentro de unos*

minutos, pero no encuentro los papeles por ninguna parte. Pensé que los habías dejado en tu cajón, pero no están ahí.

—Pero ya lo he dejado —afirmé, poniéndome de pie y cogiendo al bebé en brazos—. Espera un momento, voy a buscarlo en mi bolso —le dije, mientras me dirigía hacia las escaleras—. ¿Ingrid no te está ayudando? —pregunté, refiriéndome a la becaria. Era una chica muy trabajadora, aunque Thomas no tuviera mucha paciencia con ella.

—Sí, pero no es tan eficiente como tú. Nadie lo es.

Me resultó imposible contener la sonrisa arrogante que se dibujó en mis labios.

—Así vas a dejarme en ridículo, Thomas —bromeé, arrancándole una risa encantadora. Cogí mi bolso y rebusqué en su contenido. —Ah, aquí está todo —me quejé, chasqueando los labios al encontrar la carpeta—. Probablemente se me había olvidado. Las últimas horas han sido muy agitadas, con la llegada de Anthony y todo eso... —Me callé, ya que no paraba de parlotear—. ¿Quieres que te lo lleve?

—¿Lo harías?

—¡Claro! —exclamé, sintiéndome feliz de poder ayudarle.

—¡Genial! Eres maravillosa, Bella.

Al decir eso, colgó, dejándome con cara de tonta.

Desvié la mirada hacia Anthony, que estaba en mis brazos, y lo pillé mirándome fijamente con esos preciosos ojitos azules y esa boquita rosada.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Eh? —murmuré, con ese tono de voz meloso, típico de cuando hablamos con los bebés—. Te juro que no voy a dejar que tu padre me conquiste con esos piropos y palabras dulces. Y mucho menos con esa mirada que me derrite por completo. Te lo juro.

Cuando terminé de hablar, soltó esa risa tan encantadora, lo que me hizo reír, encantada. Hundí la cabeza en su barriguita

regordeta y lo llené de besos.

—Deja de reírte de mí, pequeño travieso... —Lo tumbé en la cama, mientras seguía besándolo y haciéndole cosquillas.

De repente, me detuve y lo miré fijamente. Tenía la carita toda sonrosada de tanto reír.

— ¿Qué tal si damos un paseo con la tía?

Aparqué el coche frente a *Popcorn More* y, acto seguido, bajé. Di la vuelta al coche y saqué a Anthony de allí, dejando su sillita, ya que decidí llevarlo en mi regazo.

No me cansaba de admirar la fachada de la empresa, que presentaba una mezcla de colores, a pesar de su toque de modernidad. Desde la primera vez que estuve allí, para la entrevista, me encantó cada detalle del lugar. Thomas era un hombre visionario, que no escatimaba esfuerzos ni dinero para mantener su negocio siempre en lo más alto y en la mente de los clientes.

—¿Bella? —Me detuve al oír la voz de Ingrid, la becaria de Thomas. La chica era una mujer negra de una belleza deslumbrante—. Pensaba que tenías el día libre —comentó, mirándome sin entender nada. De repente, su mirada se posó en el bebé que llevaba en brazos—. ¿De quién es este niño? —preguntó, asombrada.

Suspiré.

—Es una larga historia, Ingrid —murmuré, cansada—. ¿Ya ha empezado la reunión?

A pesar de sus recelos, respondió:

—Sí, hace unos minutos —afirmó—. —Parecía muy impaciente —comentó, nerviosa. Entrecerró los ojos en mi dirección: —¿Por casualidad os habéis peleado?

Puse los ojos en blanco, sin paciencia para alimentar sus chismes.

Retomé mi camino, con ella pisándome los talones, parlotando sin parar.

En cuanto cruzamos el largo pasillo que nos llevaría a la sala de reuniones, le pedí a Ingrid que entrara allí y se las arreglara para avisar a Thomas de mi llegada.

Me quedé fuera, entreteniendo a Anthony mientras esperaba. De repente, miré hacia delante y me di cuenta de que nos estaban mirando. Thomas escuchó lo que Ingrid le susurró al oído y, acto seguido, su mirada se cruzó con la mía, allí de pie en la puerta. Vi cómo se le abrían los ojos al verme con su hijo.

Me puse nerviosa.

Rápidamente pidió permiso a los demás y se acercó a mí. Le dio alguna orden a Ingrid, que se alejó.

—No me puedo creer que hayas venido hasta aquí con el bebé —murmuró en voz baja.

Fruncí el ceño.

—¿Y dónde lo iba a dejar? —pregunté, impaciente, sacudiendo la cabeza con incredulidad. A continuación, cogí la carpeta, manteniendo el equilibrio con el pequeño en brazos. —Aquí se detalla su propuesta, seguida del perfil de toda la clientela y su cartera. —Pasé las páginas, concentrada en mi explicación—. Aquí están los puntos fuertes y débiles, además de todo el historial en el mercado y...

De repente, me vi obligada a callarme, porque unas manitas me sujetaron la cara. Miré a Anthony en el instante en que acercó su boquita a mi mejilla, donde me dio un beso meloso. Me derretí por completo.

En ese mismo instante, oí la risa de Thomas y lo miré fijamente.

—Le gustas —comentó con asombro. Sus ojos brillaban al mirarnos a los dos. Sacó un pañuelo del bolsillo y extendió la mano para limpiarme la baba que me chorreaba por la piel.

Sentí cómo me ardía la cara y mi cuerpo se calentaba de inmediato.

Nuestras miradas se cruzaron por un instante y me di cuenta de que él desviaba la vista hacia mis labios entreabiertos. Enderezándose, guardó el pañuelo y cogió la carpeta de mi mano.

—Gracias por haber venido —carraspeó—. Nos vemos más tarde.

Me puse tan nerviosa que solo negué con la cabeza, esforzándome por pensar con claridad. Mi mente parecía gelatina cada vez que estaba cerca de Thomas.

—¿Qué ha sido eso, cariño? —susurré. Me temblaban las piernas tanto como el resto de mi cuerpo. —Empiezo a pensar que tu padre quiere matarme de un infarto, no puede ser otra cosa

Sus balbuceos eran los únicos sonidos que oía, aparte de mis ensordecedores latidos. Thomas acabaría por volverme loca.

A punto de dar media vuelta para marcharme, decidí echar un vistazo al interior de la sala y me di cuenta de que Thomas estaba totalmente absorto en mis apuntes. No podía culparlo, porque se me había olvidado pasar la información al ordenador, así que debía de ser bastante complicado entender mi letra en aquel lío de papeles.

Nerviosa por su incomodidad ante la gente de *JW*, decidí entrar.

Obviamente, una vez más, todas las miradas se posaron en mí. A algunos de los hombres ya los conocía, ya que Thomas llevaba unas semanas hablando con ellos.

—Buenas tardes, chicos —saludé, mirando a cada uno de ellos a la cara. —Me llamo Bella. Por favor, intentad ignorar a esta preciosidad de aquí... —señalé al bebé, antes de entregárselo a Thomas, que abrió mucho los ojos, pero cogió a su hijo— y centraos en el gráfico. —Señalé, mientras cogía mis apuntes de las manos de mi jefe.

—Un momento —interrumpió alguien, desconcertado—. ¿Quién es la señorita?

—Mi secretaria ejecutiva —respondió Thomas por mí, sacudiendo al niño con torpeza.

—¿Alguna pregunta más relevante? —pregunté, mirando de uno a otro. —¡Genial! —suspiré cuando se hizo el silencio. —Volviendo al gráfico... —me aclaré la garganta—. Los ingresos de *Popcorn More* el año pasado ascendieron a 45,7 millones de dólares, y eso se debe a la gran idea de producir patatas fritas con menos de la mitad de grasa que la versión frita —comencé—. ¿Habéis probado ya alguno de nuestros productos vosotros, de *JW*?

Pasé los siguientes minutos presentando y comentando los temas importantes de la reunión. Aunque no había ido preparada, quedé satisfecha con el resultado. *JW* era una empresa que beneficiaría mucho a *Popcorn More*, ya que estaban especializados en marketing digital.

—¡Mio *Dio*, hombre! —exclamé al acercarme a Thomas, nada más terminar la reunión—. Pareces todo tenso —le dije, riendo—. ¡, solo es un bebé, ¿sabes? Puedes moverte con él. Anthony no muere.

Se lo quité de los brazos.

—Es que creo que... —se acercó para poder susurrarme al oído — ha hecho caca. —Me confió, haciendo una mueca.

Era imposible no reírme ante su cómica expresión.

Al poco rato, la gente se acercó a él para saludarlo. Me quedé en silencio, hablando solo cuando me lo pedían. Di las gracias cuando me felicitaron y me sentí orgullosa de los elogios de Thomas.

De repente, uno de los socios de *JW* se acercó a mí, tendiéndome la mano para estrechar la mía. Sus ojos se clavaron en los míos.

—Confieso que lo más destacado de esta reunión ha sido su llegada, señorita. —Sonrió, besándome los nudillos—. Encantado,

me llamo Greg.

Me sentí cohibida por su mirada, aunque me estaba gustando.

—Ni que decir tiene —respondí con timidez, ajustando a Anthony en mis brazos—, solo hice mi trabajo. —Miré hacia un lado y me topé con Thomas, más cerca de lo que imaginaba que estaría. Su expresión era extraña mientras observaba a mi acompañante.

—Llevo solo unos días en la ciudad, así que no conozco muchos sitios donde comer bien —dijo Greg, dirigiéndome esa sonrisa seductora—. ¿Me concederías el honor de cenar conmigo alguna de estas noches?

Parpadeé, sorprendida.

Thomas permanecía en silencio, frunciendo el ceño. Obviamente, de vez en cuando tenía que prestar atención a los demás, pero como estaba a mi lado, podía oír mi conversación. Su actitud tensa me hizo sospechar.

¿Estaría celoso?

—Puedes irte, Bella —murmuró, echando un jarro de agua fría sobre mis suposiciones internas—. Ve a divertirte.

Me invadió una mezcla de sentimientos, odiándolo por ser tan ciego e idiota como para no darse cuenta de lo mucho que lo quería.

Irritada, esboqué una enorme sonrisa a mi nuevo admirador y acepté su invitación.

— Será un placer, Greg.

Capítulo 4

Thomas

Dos meses después

Sonó el teléfono de mi escritorio:

— *Señor, su madre está al teléfono. ¿Le paso la llamada?* — preguntó mi asistente, la chica que estaba haciendo prácticas en la empresa.

Tuve que respirar hondo, esforzándome por no soltar un taco en voz alta.

—No, Ingrid —respondí con un suspiro—. Dile que estoy en una reunión, por favor.

— *De acuerdo.*

En cuanto colgué el teléfono, me llevé las manos a la cara y me la froté con frustración. La verdad era que las últimas semanas habían puesto a prueba mi autocontrol y mi paciencia, porque había visto cómo mi mundo —centrado y organizado— se ponía patas arriba con la llegada de Anthony. Puede que estuviera preparado económicamente para cuidar de un niño, pero no mentalmente. No me había preparado para eso.

Además, Jenna, su madre, se había esfumado, así que el chico ya no tenía a nadie más. Solo a mí.

Sin embargo, desde que descubrí —hace ya muchos meses— que tenía un hijo, decidí mantenerlo en secreto; nadie de mi familia ni de mis amigos lo sabía. Y eso, en cierto modo, me estaba desgastando aún más psicológicamente.

Mi relación con mi madre no era buena, ya que discrepábamos en muchos aspectos; siempre preferí mantenerme alejado de ella, lo cual, constantemente, se consideraba motivo de discusión. Así había sido desde la muerte de mi padre, hacía poco más de cuatro años. Él

fue el mejor ser humano que jamás haya existido, mi reflejo en el mundo. La razón por la que no dudé ni un instante en asumir la responsabilidad de Anthony. Mi hijo recibiría de mí lo mismo que yo recibí de mi padre.

Solo lo mejor.

Cansado, dejé de darle vueltas al asunto y decidí terminar la jornada antes de lo habitual, ya que era viernes.

Me levanté y cogí mi chaqueta, que había dejado sobre el respaldo de la silla. A continuación, cogí el móvil y las llaves, las de casa y las del coche.

Me dirigí hacia la puerta.

—Ya me voy, Ingrid —le avisé, mirando la hora en mi reloj de pulsera—. Si surge algo urgente, llámame.

—No te preocupes, señor Thomas —dijo, apartando la vista de la pantalla del ordenador para poder mirarme a los ojos—. Quédate tranquilo. Hasta mañana.

Sonreí y me despedí de ella.

Cogí el ascensor, dejando escapar un suspiro mientras mi mente se llenaba de un torbellino de pensamientos. Era un hombre de treinta años, con una situación económica sólida, ya que había luchado mucho para conquistar mi imperio; *Popcorn More* surgió de un sueño y, a veces, todavía no lograba asimilar todo mi éxito profesional. Sin embargo, siempre había tenido los pies en la tierra, y esa era mi seña de identidad como empresario y como ser humano.

Al llegar al vestíbulo del edificio, me despedí de algunas personas por el camino y, unos minutos después, me encontré frente a mi coche. Desactivé la alarma y, acto seguido, me subí. Estaba cansado y deseando llegar pronto a casa.

Cuando contraté a Bella para el puesto de secretaria ejecutiva, nunca imaginé que acabaría encontrando en ella a mi mano

derecha, la persona en la que más confiaría. Era extraño, pero en estos tres años que llevábamos trabajando juntos, Bella sabía más de mí que la mayoría de la gente.

Quizá por eso, cuando me vi en aquella situación con Anthony, la primera persona en la que pensé para pedir ayuda fue ella. No había nadie más en mi lista.

Bella era única.

Aunque, la mayoría de las veces, era un poco torpe y desordenada, no dejaba que eso afectara a sus obligaciones profesionales. Nunca tuve que llamarle la atención en todos estos años que llevamos trabajando juntos.

Era extraño decirlo, pero no me veía sin ella en la empresa... ni sin su ayuda con Anthony.

Dejé escapar un suspiro bajo mientras me detenía frente al sofá. Había llegado a casa hacía unos minutos, y el silencio me hizo recorrer las habitaciones hasta llegar al salón y encontrar a Bella tumbada en el sofá, abrazada a su *Bob Esponja*. Me resultó imposible no sonreír ante aquella escena.

Sin darme cuenta, mi mirada se deslizó hacia sus piernas desnudas, ya que solo llevaba una camiseta holgada. Algo dentro de mí se estremeció... No podía ser hipócrita y no reconocer su belleza. Bella era una mujer preciosa y, a mis ojos, extremadamente atractiva. Algo que, tenía que admitir, se había ido haciendo cada vez más evidente a medida que convivíamos.

Carraspeé en voz baja, aparté la mirada y me topé con una pequeña nota en la mesita del salón.

«He hecho tortitas, no sé si te gustarán. Pero si te apetece, están en el microondas junto con un poco de arroz blanco con verduras».

No pude evitar arquear las cejas, sintiéndome invadido por una mezcla de sensaciones y emociones. Volví a mirar a esa criatura de otro mundo, preguntándome qué había hecho para merecer a una

chica tan especial como ella. Bella era la chica más increíble que había conocido jamás.

Pensé en despertarla, pero luego desistí al imaginar lo cansada que debía de estar, así que me limité a apagar la tele.

Subí al piso de arriba, suponiendo que mi hijo estaría durmiendo en mi habitación. Abrí la puerta despacio, con miedo de despertarlo. Me encantó verlo roncando suavemente en su cuna.

Me incliné un poco, sonriendo con admiración al observar el movimiento de su barriguita, que subía y bajaba al ritmo de su respiración.

Precioso. Mi hijo era precioso y estaba sano.

No podía negar el susto que sentí al darme cuenta de que tendría que criarlo solo, pero tampoco podía ignorar la bendición que suponía tenerlo en mi vida. Me incliné hasta poder besarle la frente, inhalando su delicioso olor. A continuación, cogí una manta y volví al salón, en la planta baja.

Volví a acercarme al sofá y cubrí el tentador cuerpo de Bella con la manta. Sonreí cuando se acomodó, abrazando a su osito. Era realmente adorable.

Me desperté sobresaltada al oír el ruido de mi teléfono, que no dejaba de sonar. Al abrir los ojos, me fijé en la intensidad de la luz del sol, que luchaba por colarse por las rendijas de las ventanas. Parpadeé, intentando asimilar lo que estaba pasando. Anthony estaba de pie, agarrado a los barrotes de su cuna y balbuceando cosas incoherentes mientras saltaba sin parar sobre el colchón. Era imposible no reírse de su travesura.

—¿Ya estás despierto, grandullón? —Me incorporé y me senté en la cama—. Estás muy animado, ¿eh?

La sonrisa que me dedicó era tan bonita que no pude evitar devolvérsela.

Mi teléfono volvió a sonar, lo que me hizo poner los ojos en blanco, molesto por ese ruido estridente a primera hora de la mañana.

Me estiré sobre el colchón con la intención de coger el móvil, que estaba sobre la mesita de noche. En cuanto lo cogí, contesté sin mirar el número.

— ¿Hola?

— *¿Puedo saber por qué no contestas a mis llamadas? ¿Ignorar a tu madre se ha convertido ya en una costumbre para ti, Thomas?*

Cerré los ojos y me froté la cara con la mano, frustrado por la situación. Anthony empezó a soltar chillidos agudos, llamando la atención de mi madre.

—*¿Dónde estás? Oigo la voz de un niño* —murmuró ella, curiosa—. *Bueno, da igual. Solo te llamo para decirte que voy a tu ático. Quiero comer contigo hoy. Te echo de menos, hijo.*

Mis ojos se abrieron como platos. Todo mi sueño se esfumó en ese instante.

—¿Piensas venir aquí? —pregunté, con voz un poco débil. Mi corazón se aceleró al instante. —*¿H-hoy?* —tartamudeé, patético.

—*Eso es lo que he dicho, Thomas* —murmuró, impaciente—. *¡Vaya! ¿Estás bien? Pareces un poco lento.*

Carraspeé y me levanté de la cama.

—Estoy bien —afirmé, fingiendo. —Es que acabo de despertarme, eso es todo.

—*Entendido* —murmuró—. *Pues hasta luego, cariño. Nos vemos dentro de unas horas.*

En cuanto colgué, centré mi atención en Anthony, el hijo que, hasta entonces, era un desconocido para mi familia.

— ¡Creo que estamos jodidos, chico!

Capítulo 5

Bella

— *¿Qué te pasa?* —preguntó mi hermana en cuanto contesté su llamada.

— *¿Ahora?* —repliqué con tono burlón—. Estoy tumbada en el sofá. De hecho, a punto de quedarme dormida, ya que has decidido que sería genial llamarme a las siete de la mañana de un sábado.

Oí su risita.

Me incorporé, sintiéndome toda dolorida. No podía creer que me hubiera quedado dormida en el sofá.

—*No te pongas burlona, que no te pega nada* —murmuró entre risas—. *¡Payasa!*

Yo también me reí mientras me ponía de pie. Fruncí el ceño al fijarme en la manta; sentí cómo se me enrojecían las mejillas al deducir que había sido Thomas quien me había arropado.

—Lo sé, hermana —suspiré, poniéndome seria. Me dirigí hacia arriba—. Soy consciente de que he estado ausente estos días, pero es que han pasado tantas cosas... —Me mordí los labios, pensando en cómo y por dónde empezaría a contarle todo sobre el lío en que se había convertido mi vida—. Te prometo que te lo contaré todo más tarde.

—*Ah, nada de «más tarde»* —se puso nerviosa al otro lado de la línea, lo que me hizo reír un poco más, aunque haciendo el mínimo ruido posible, porque no quería despertar a nadie—. *Puedes contármelo todo ahora, ya sabes que odio estar en vilo por los cotilleos.*

—*¡Es problema tuyo!* —exclamé, riéndome. Entré en mi habitación y cerré la puerta. —Ahora tengo que colgar —añadí.

— *Bella, no me hagas esto...*

—Ya hablamos más tarde —interrumpí su intento de convencerme de que siguiera hablando—. Besos, te quiero.

Al decir eso, colgué y, acto seguido, apagué el móvil. Conociendo a Bianca como la conocía, no descansaría y estaría llamándome todo el día hasta que el cansancio me venciera.

Estaba terminando de servir el café cuando Thomas apareció en la cocina con Anthony en brazos. Sus preciosos ojitos me vieron enseguida y el niño empezó a levantar sus bracitos hacia mí.

—Ah, buenos días, *pequeño*. —Me derretí por completo mientras me acercaba a los dos. —¡Buenos días! —Desvié mi atención hacia su padre, que no dejaba de hacerme suspirar. Aunque habían pasado unos dos meses desde que empezamos a vivir juntos, todavía no me había acostumbrado a compartir mi día a día con él. —Tienes cara de quien no ha dormido bien —comenté, cogiendo a Anthony de sus brazos—. ¿Qué ha pasado? ¿Algún problema en la empresa?

—Buenos días, Bella —suspiró audiblemente, mientras se adelantaba a las cosas que yo estaba preparando para nuestro desayuno—. La verdad es que he dormido bien —argumentó, dando vueltas de un lado a otro—. El problema ha surgido esta mañana con la llamada de mi madre.

Fruncí los labios, sabiendo que no se llevaba bien con su familia, aunque nunca le había preguntado por qué.

Cubrí la carita regordeta de Anthony de besos y, a continuación, lo senté en su trona para poder prepararle algo de comer.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, tratando de entenderlo—. ¿Os habéis peleado?

—Peor —dijo, volviéndose hacia mí y apoyándose en la encimera. Era imposible no admirar su perfil varonil; llevaba un pijama y una bata azul abierta por encima.

Abrí mucho los ojos y me presioné el pecho con una de las manos.

— ¿Peor? ¡*Mamma mia*! ¿Quién ha muerto? — Se me encogió el corazón y sentí que me faltaba el aire.

Thomas puso una mueca al instante.

—¡Por Dios, mujer! —Dio dos golpecitos en la madera de la encimera—. No ha muerto nadie, por Dios —reiteró, muy asustado ante esa posibilidad—. Solo es mi madre, que ha decidido venir a comer conmigo hoy.

Me quedé tan sorprendida que me acerqué a él y le di un golpecito en el brazo.

—¡Ay, Thomas, hazme un favor, hombre! Hasta me he quedado sin aliento, pensando que había pasado algo grave —le regañé, lo que le hizo soltar una risita, lo que a su vez me obligó a pellizcarle la cintura.

—¡Ay! —se quejó, aunque la sonrisa persistía en sus deliciosos labios.

—Pasar un rato con la familia no tiene por qué ser algo malo. Por favor, da un poco de vergüenza.

Me alejé de él, todavía enfadada, y fui al armario a por dos tazas.

—Dices eso porque no conoces a mi madre —declaró.

Puse las tazas sobre la mesa, junto con el resto de las cosas para nuestro desayuno. Eran casi las ocho y media.

Cogí un plátano y empecé a machacarlo en el plato para dárselo a Anthony.

—Entonces estoy de suerte, ya que no estaré aquí cuando ella llegue —comenté, divirtiéndome.

Su expresión se tornó de pánico al instante, hasta me dio pena.

—¿Por qué dices eso? No sabía que tuvieras planes para salir —casi me reí al ver cómo se había quedado. Llegué a pensar que el hombre podría desmayarse en cualquier momento.

Me senté cerca de la sillita del bebé.

—Hoy es sábado, ¿se te ha olvidado? —respondí.

Thomas parpadeó, como si no entendiera mi razonamiento.

Puse los ojos en blanco.

—Es mi día libre. —Negué con la cabeza, impaciente—. Tengo derecho a los fines de semana, ¿no? No puedo quedarme aquí todos los días, Thomas. Yo también tengo una vida.

Se sentó, con la cabeza gacha.

—Tienes razón —dijo, abatido. En silencio, se sirvió una taza de café. —Voy a tener que aprender a valerme por mí mismo —soltó de repente—. No tengo ni idea de cómo va a reaccionar mi madre cuando vea a Anthony, teniendo en cuenta que ni siquiera sabe que existe.

—Ya va siendo hora de que tu familia sepa lo de tu hijo —le dije—. Es importante para que establezcan un vínculo. —Sonreí al niño, que ya tenía la boquita toda manchada de plátano.

—Ya te lo he dicho... —desvié la mirada hacia Thomas, al ver que estaba inquieto—. No conoces a mi madre. La señora Scarlett es una mujer difícil.

Dejé lo que estaba haciendo y me enderecé en la silla. Odiaba que ese hombre tuviera tanto control sobre mí... odiaba esa necesidad que tenía de querer ayudarle en todo. ¡Maldita sea!

—¡Pues está decidido! —exclamé, nerviosa—. Me quedaré aquí para ayudarte con el bebé hasta que llegue tu madre.

Al instante, se emocionó de alegría y se puso de pie.

—¡Bella, eres un ángel! —exclamó al acercarse.

Yo sonreía ante su reacción, así que no estaba preparada cuando Thomas, sin más, se inclinó y me sujetó la cara entre sus

manos, para luego unir nuestros labios en un beso corto pero prolongado.

La suavidad de sus labios carnosos me hizo gemir en voz baja.

No tuve tiempo ni de cerrar los ojos ni de disfrutar del momento, porque con la misma rapidez con la que me besó, Thomas también se apartó. Tenía la cara ardiendo... de hecho, todo mi cuerpo lo estaba.

—Errr... —tartamudeó, avergonzado, mientras se frotaba la nuca. Miraba a todas partes, menos a mí. Estaba tan perdido como yo. —Por favor, perdóname... no sé qué me ha pasado.

Abrí la boca para hablar, pero Anthony me distrajo: empezó a soltar grititos y a dar palmaditas como si estuviera aplaudiendo ese momento inusual entre su padre y yo.

Thomas se aclaró la garganta, todavía tenso por lo que acababa de pasar.

—Yo... —se puso tenso— voy a subir a darme una ducha y a cambiarme de ropa.

Ni siquiera esperó a que le respondiera y ya salió disparado de la cocina como si estuviera huyendo de la muerte misma.

—*¡Mio Dio!* —exclamé en voz baja. A continuación, volví a mirar al niño sonriente—. Su padre aún me va a volver loca, ¿lo sabías?

Cuando terminé de preparar la comida —con el recuerdo del beso de Thomas invadiendo mis pensamientos a cada momento—, decidí subir a darme una ducha y bañar a Anthony, ya que estaba deseando dejarlo bien perfumado para cuando fuera a conocer a su abuela. En el fondo, me sentía nerviosa ante la posibilidad de que a la anciana no le gustara su nieto, teniendo en cuenta cómo Thomas había descrito a la mujer...

Pero no había la más mínima posibilidad de que a alguien no le gustara ese niño, pues era realmente adorable. Anthony se ganó mi

corazón sin el más mínimo esfuerzo.

De tal padre, tal hijo.

Unos largos minutos después, cogí al bebé en brazos y me preparé para bajar con él. Anthony estaba eufórico, ya que acababa de salir del baño, donde habíamos montado un pequeño lío.

—¿Estás listo para conocer a tu abuela, *cariño*? —le dije, mientras le llenaba el cuello de besos. Me encantaba escuchar el sonido de su risa tan entrañable.

Mientras bajábamos las escaleras, empecé a oír voces. En cuanto crucé el vestíbulo y me dirigí al salón, vi a Thomas junto a una mujer muy atractiva, a pesar de su edad. La ropa de marca dejaba claro su poder adquisitivo.

No tardaron mucho en darse cuenta de mi presencia. Vi cómo la mujer, sorprendida, me miraba de arriba abajo; llevaba unos vaqueros y un top de tirantes, aunque discreto.

—¿Permites que la empleada traiga a su hijo al trabajo? —preguntó ella en tono snob. Sentí que se me sonrojaba la cara automáticamente, pero no por vergüenza, sino por rabia.

Thomas apretó la mandíbula y dio un paso al frente.

—Esta es Bella, mamá, y no es mi empleada —corrigió. —Al menos no de mi casa. Bella es mi secretaria ejecutiva en la empresa. —Se acercó a mí, pidiéndome perdón con la mirada. A continuación, cogió a Anthony de mis brazos—. Y este chaval de aquí no es suyo, sino que es el... —Se aclaró la garganta antes de confesar—: mi hijo.

Contuve las ganas de reírme ante la expresión de asombro que se apoderó del rostro de la anciana. La palidez la dejó a punto de desmayarse mientras miraba de su nieto a su hijo, y de su hijo a su nieto.

—Ya me había dado cuenta de que había un pequeño parecido entre vosotros dos... —comentó de repente—. Tiene tus ojos —observó, aún desconcertada. Sin embargo, el ceño fruncido no tardó en volver—. ¿Pero cómo es eso? ¿Me has convertido en abuela? —

rugió la pregunta con indignación—. ¡Rechazo ese título, Thomas! ¿Y dónde está la madre de este niño? ¿Qué ha pasado?

En silencio, Thomas acortó la distancia entre ellos y le ofreció al niño para que la madre pudiera cogerlo en brazos, pero la mujer se negó, frunciendo los labios:

— Hmmm, no. ¡Huele a caca! Dile a tu empleada que lo limpie.

—Qué raro, si acabo de bañarlo —no pude quedarme callada—. ¡Es más fácil ser sincera y decir que no quieres coger a tu nieto!

En ese mismo instante, la mujer me lanzó una mirada fulminante.

—¿Cómo te atreves?!

En ese momento, Thomas se interpuso entre nosotras, impidiendo que su madre siguiera con su falta de educación.

—Mamá, por favor, cálmate —le pidió, suspirando. Le tocó el brazo: —Ven, sentémonos ahí. —Señaló uno de los sofás. Me quedé de pie en el mismo sitio, con los brazos cruzados y la nariz en alto; no iba a bajar la mirada ante aquella mujer odiosa. —La madre de Anthony se llama Jenna —comenzó a contar Thomas. —La conocí en uno de esos eventos benéficos y, al terminar las negociaciones, acabamos pasando una noche juntos. Una sola noche. Dos meses después, vino a buscarme diciendo que estaba embarazada. Hicimos la prueba de ADN y, obviamente, el resultado fue positivo. —En ese momento, miró a su hijo con devoción y luego le besó la cabecita perfumada—. Cuando nació Anthony, yo estaba allí... dándoles a los dos, a él y a su madre, todo el consuelo que podía ofrecerles. Sin embargo, no fue suficiente, pues hace dos meses, Jenna se presentó en mi puerta y, sin más, abandonó a nuestro hijo. Desapareció. — Volvió a suspirar. Le sonreí cuando cruzó la mirada con la mía; quería que supiera que no estaba solo, que yo estaba allí.

Thomas apenas había terminado de hablar cuando su madre se puso de pie, haciendo resonar sus costosos y finos tacones contra el lujoso suelo.

—¿Me estás diciendo entonces que ese chico es un bastardo?
—preguntó, con aire indignado—. ¿Un... sin clase? ¿Un don nadie?

Entrecerré los ojos, sintiendo cómo la ira bullía en mis venas.

—Por el amor de Dios, mamá...

—¿Cómo puedes hablar así de un niño? —interrumpí las palabras de Thomas—. Ni siquiera sabe lo que hace en este mundo, él no ha pedido esto.

De nuevo esa mirada altiva en mi dirección, pero no me dejé intimidar.

—Thomas, dile a tu empleada que se calle. ¡Qué descaro!

—No soy una empleada. Tengo una carrera, una profesión. ¡Y aun así, me he ofrecido a cuidar de este bebé, algo que debería ser tu deber como madre de Thomas y abuela de Anthony! —espeté, hirviendo de indignación—. Lo siento, pero no me voy a quedar aquí con el bebé viendo cómo su madre lo ofende, cuando lo único que sabe hacer es sonreír y babear de amor. —Dije, dirigiéndome hacia Thomas, que seguía sentado en el sofá. Cogí al bebé de su regazo. —Voy a dar un paseo con él —le avisé después de mirarla fijamente, encontrándome con su mirada de asombro y algo más que no logré descifrar.

Me di la vuelta, quedando de cara a la mujer, que seguía mirándome con ese aire altivo.

—Mira, cariño... —balbuceé a Anthony—, ¡adiós a tu abuela bruja!

Después de eso, me fui pisando fuerte y riéndome, mientras escuchaba los refunfuños de esa vieja asquerosa a mis espaldas.

Cuando volví —después de dar un paseo con Anthony por el parque infantil que había frente al edificio—, me topé con Thomas, que venía hacia mí.

—¿Dónde está esa bendita? —pregunté, mirando a nuestro alrededor en busca de la bruja de su madre.

—No te preocupes, ya se ha ido —me dijo, esbozando una leve sonrisa—. Dame al niño —me pidió, pero me negué a dárselo.

—Está durmiendo —añadí en un susurro—. Creo que es mejor que lo lledes directamente a su cuna.

Se alejó, asintiendo con la cabeza.

Los dos nos dirigimos hacia la escalera, hacia el piso de arriba. No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios al oír el pequeño gemido de Anthony en cuanto lo acurruqué en la cuna. ¿Cómo era posible que alguien se resistiera a él?

No me cabía en la cabeza.

—Gracias —oí la voz de Thomas a mis espaldas, unos instantes después. Estaba de pie en la puerta del dormitorio, con las manos en los bolsillos.

Me sentí incómoda ante su mirada intensa.

—No hay de qué, no tienes por qué dar las gracias. —Me froté una mano contra la otra, intentando parecer relajada, pero sintiendo cómo la irritación me dominaba por completo—. Pero, para ser sincera contigo, Thomas, creo que, en el fondo, era tu deber. —Señalé, y vi cómo bajaba la cabeza. —¿Y cómo demonios es que tu madre aún no sabía lo de Anthony? Pensaba que tu familia ya estaba al corriente de toda la situación. La culpa es toda tuya. Créeme, ni todo el dinero ni todos los lujos que le des a ese chico le harán olvidar que su padre se avergonzaba de él.

—¡No me avergüenzo de él! —se enfureció.

— ¿No? Entonces, ¿por qué nadie sabe nada de él? Acéptalo de una vez. No importa cómo fue concebido, ahora está aquí y eso es un hecho que, o lo aceptas o no. Más adelante habrá consecuencias.

—Lo quiero, Bella.

—No lo dudo. Pero tengo la sensación de que te preocupan las opiniones de los demás cuando se enteren de la existencia de Anthony, y eso no es algo que me guste.

El silencio invadió la habitación.

Me obligué a aclararme la garganta, nerviosa por la tensión que se había instalado entre nosotros.

— Bueno... —carraspeé—. Me voy. Nos vemos el lunes.

Caminé hasta la puerta y me detuve frente a él, en una petición silenciosa de que se apartara *para* que pudiera pasar. Me di cuenta en el instante en que sus ojos se posaron en mi rostro, fijándose en mis labios entreabiertos; me resultó imposible no recordar el besito que me había dado antes. ¿Cómo sería la sensación de besarlo sin prisas? ¿A qué sabría su lengua?

De repente, jadeé al sentir el roce de sus labios en mi mejilla, muy cerca de mi boca.

Mantuvo su rostro a unos centímetros del mío, exhalando su aliento cálido sobre mi nariz.

—Gracias, Bella —susurró con voz ronca y seductora.

Mi corazón estuvo a punto de salirse por la boca.

Sin poder siquiera pensar en una respuesta coherente, solo negué con la cabeza, asintiendo. A continuación, obligué a mis piernas a mantenerse firmes y me alejé de él. Sabía que moriría de nostalgia, no solo por él, sino también por el pequeño hombrecito.

Siempre era así cuando me iba a casa los fines de semana.

Capítulo 6

Bella

Apenas había cerrado la puerta de casa cuando mi móvil empezó a sonar; como sabía que no serviría de nada ignorar la llamada de mi hermana, decidí contestar y ponerlo en altavoz.

—*Explícamelo todo* —exigió ella, con ese tono mandón que me sacaba de quicio.

Hice caso omiso del desorden que había en mi piso y me dirigí directamente a mi habitación.

— ¿Quieres que te cuente el principio de la historia? —le pregunté, sabiendo perfectamente que me iba a insultar al otro lado del teléfono, sobre todo por haber tardado tanto en contárselo—. Porque te advierto ya que no te va a gustar. Aunque sé que tu opinión no va a cambiar nada en mi vida.

—*¡Ingrata!* —me regañó, lo que me hizo reír—. *Soy la mejor hermana que podrías tener, ¿lo sabías? Siempre estoy a tu lado, apoyando tus locuras. Por cierto, ¿cuál es la locura de esta vez? Apuesto a que tiene que ver con tu jefe, ese que abusa de sus empleadas.*

Solté una risita mientras me quitaba la ropa. El móvil estaba sobre la cama.

— Tengo mis dudas de que seas la mejor hermana.

Me eché a reír a carcajadas cuando empezó a regañarme.

Cogí el móvil y me dirigí al baño. Abrí la ducha y ajusté la temperatura del agua.

—¿Ya has terminado? —le pregunté, después de que me llenara de insultos—. ¿O has dejado de querer saber de los cotilleos?

Bianca era la persona más curiosa que conocía.

—Haces esto porque sabes que no puedo ir hasta allí para darte una bofetada, ¿verdad, Bella? ¡Vamos, chica! ¡Suéltalo!

Me resultó imposible contener las ganas de reír.

Y durante los siguientes minutos, le conté todos los últimos acontecimientos que nos habían involucrado a Thomas, a mí y a su precioso bebé.

—¿Dos meses, Bella? ¿Llevas dos meses ocultándomelo?

—Sabía que cuando te lo contara, reaccionarías así —repliqué, nerviosa—. Y, la verdad, le estaba ayudando porque me ofreció una buena suma de dinero.

—Ajá, ya... —dijo con tono escéptico—. ¿Entonces tu ayuda no tiene nada que ver con tu amor platónico por ese hombre?

—Claro que sí —murmuré, divirtiéndome—. Sabes que estoy loca por Thomas, pero aún no sabes lo monísimo que es el bebé, Bianca —murmuré, sintiendo cómo me brillaban los ojos y se me llenaba el corazón de amor. — El pequeño Anthony es la cosita más bonita del mundo. Me recuerda mucho a Luigi —me referí a mi sobrino, su único hijo, que ya era un chavalcito mayor—. No consigo entender cómo la mujer que lo trajo al mundo tuvo el valor de abandonarlo —sacudí la cabeza, indignada. Cerré el grifo de la ducha. —Y, además, la madre de Thomas prácticamente rechazó al niño, ¿te lo puedes creer? Tuve que contenerme para no meterle las manos en ese pelo suyo, tan perfectamente peinado. ¿Cómo pudo rechazar a su propio nieto?

—¡Yo le habría hecho cosas peores a esa vieja! —afirmó Bianca, con tono enfadado—. ¿Cómo se le ocurre hacer algo así a un ser tan indefenso? Que Dios me perdone, ¡pero le habría restregado su cara engreída contra el suelo! —rugió. Conocía a mi hermana y sabía lo conflictiva que podía llegar a ser—. ¿Y cómo reaccionó tu jefe?

—Ah, se quedó un poco en estado de shock, ¿sabes? No lo sé muy bien, porque al final me llevé al niño lejos de esa bruja de su abuela. —Las dos nos reímos—. Pero luego le expliqué que, como

padre, tiene que ser el pilar del niño; le dije que Anthony va a necesitar a alguien en quien confiar, alguien con quien pueda contar para defenderlo de todos los monstruos que le depare la vida.

— *¿Tienes que dormir allí todos los días?*

—No —respondí, saliendo del baño envuelta en la toalla—. Solo entre semana.

—*Entendido* —murmuró ella, callándose, pero la conocía y sabía que quería decir algo más.

Respiré hondo.

—Vale, suéltalo de una vez —refunfuñé mientras abría mi armario—. Sé que te estás tragando algún consejo de hermana mayor.

—*No es nada, es solo que...* —Se calló y respiró *hondo*—. *Es que me preocupan tus sentimientos, Bella* —afirmó. —*Llevas enamorada de ese hombre desde que empezaste a trabajar para él, y ahora te estás metiendo de lleno en sus problemas. ¿Estás segura de que al final no acabarás con el corazón roto? ¿Y si vuelve la madre de ese niño? ¿Lo has pensado? Ya le tienes cariño al padre, y ahora estás creando vínculos con el niño* —declaró, haciéndome reflexionar. Mis ojos se empañaron automáticamente ante la posibilidad de perderlos. —*No creas que estoy siendo mala al decir esto, pero solo quiero lo mejor para ti, hermana. No quiero tener que ir a Nueva York a recoger los pedazos de tu corazón, después, claro está, de acabar con tu jefe.*

Sonreí entre lágrimas.

—Gracias por preocuparte, hermana —murmuré, sin dejar que se diera cuenta de que me había emocionado. —Pero todo está bajo control —le aseguré, aunque no estuviera segura de ello.

El fin de semana pasó volando y, el lunes, llegué temprano al ático de Thomas. Me moría de ganas de ver al pequeño Anthony y, por supuesto, a su padre.

—¿Qué tal el fin de semana? —le pregunté a Thomas, que ya estaba listo para irse a trabajar. —¿Te *las* has *apañado sin problemas*? —Cogí al niño de sus brazos, ya que no paraba de llamarme con sus manitas ansiosas.

—Más o menos —murmuró mi jefe, soltando un suspiro. Tenía los ojos hundidos—. Creo que le están saliendo más dientes, porque casi no ha dormido. Y, por lo tanto, yo tampoco he dormido.

Me eché a reír. Anthony ya tenía ocho meses, así que ya le habían salido los incisivos superiores e inferiores.

—Bienvenido al mundo de los padres, querido jefe —bromeé entre risas. Escondí la cara en el cuello de Anthony, besando su piel regordeta solo para escuchar su risa tan agradable—. ¿Has echado de menos a la tía Bella, eh? ¿La has echado de menos, bebé?!

Estaba tan entretenida con el niño que tardé en darme cuenta de que Thomas nos miraba a los dos. Se me sonrojaron las mejillas al instante.

—Le caes bien —afirmó, sonriendo con satisfacción.

Aunque me sentía un poco cohibida por su mirada, yo también sonreí.

Carraspeé:

— Llegarás tarde —le dije, señalando el reloj de pared—. Por cierto, tienes el cuello de la camisa sucio —señalé—. Tienes que cambiarte de camisa. A menos que no te importe aparecer en la empresa con la ropa oliendo a vómito. —Comenté, riéndome cuando bajó la cabeza para intentar ver la mancha; frunció la nariz al sentir el mal olor.

—¡*Argh*, Anthony! —refunfuñó, alejándose hacia las escaleras.

Era miércoles por la noche y no conseguía decidirme sobre la ropa que me pondría para mi cita con Greg, uno de los socios de *JW*, la empresa que había firmado un acuerdo de colaboración con *PopCorn More* hacía casi tres meses. Sinceramente, no esperaba que

ese hombre volviera a llamarme, teniendo en cuenta las semanas que habían pasado, así que me sentía un poco incómoda con la idea de cenar con él.

— Estás preciosa. — Me sobresalté en cuanto oí la voz de Thomas. Estaba recostado en la puerta de mi habitación, mirándome con esa mirada intensa que siempre me provocaba escalofríos involuntarios. — Pero ¿no crees que llevar este vestido puede dar una impresión equivocada? — Gesticuló, haciéndome fijarme en mi propio cuerpo.

Me había decantado por un vestido rojo que dejaba al descubierto mi escote.

Puse una mueca.

—¿Qué tiene de malo?

Volví a mirar a Thomas, que apartó la vista por un momento. Parecía avergonzado.

Se aclaró la garganta.

—No tiene nada de malo —comentó, con la mirada baja—. Es solo que este... —señaló en mi dirección, pero sin mirarme directamente. Ni siquiera consiguió terminar la frase debido a su timidez.

Volví a mirarme en el espejo, estudiando mi reflejo.

—¿Te refieres al escote? —Pestañeeé.

—Sí —carraspeó, nervioso—. Es una primera cita, Bella, así que deberías ir más recatada.

Me resultó imposible contener la risa.

—¡Por Dios, Thomas! —exclamé entre risas—. Parece mi padre hablando. —Me burlé, sacudiendo la cabeza.

Me acerqué a la cama y cogí mi bolso.

— Y, además, no tengo la culpa de que mis pechos sean grandes. —Me encogí de hombros, sin perder de vista cómo sus ojos

se deslizaban hacia ellos, lo que me hizo contener la respiración. Todo mi cuerpo se calentó con su mirada.

Nerviosa, pasé junto a él y bajé las escaleras.

—¿Va a venir a recogerte? —preguntó, siguiéndome—. ¿Adónde te va a llevar? ¡Maldita sea! Ni siquiera he tenido tiempo de indagar en su vida.

Me detuve en la escalera, a punto de hacer que chocara contra mí, teniendo en cuenta que estaba justo detrás de mí.

—¿Ibas a investigar su vida? —pregunté, parpadeando—. ¿Por qué? —Estaba atónita. De repente, mi mente dio un vuelco y abrí mucho los ojos—. Espera un momento, ¿tú has investigado mi vida?

Me di cuenta de que lo había pillado por sorpresa, porque se quedó muy incómodo. Su mirada culpable lo delató. Sin embargo, el llanto de Anthony interrumpió ese momento tenso. Vi cómo Thomas salía corriendo para atender a su hijo.

Me quedé en el mismo sitio, todavía incrédula ante lo que acababa de descubrir. En realidad, ni siquiera debería haberme sorprendido tanto, ya que tenía todo el sentido del mundo que Thomas investigara la vida de las personas a las que tenía intención de contratar para su empresa.

Entrecerré los ojos en su dirección cuando volvió a aparecer en mi campo de visión, y estiré el dedo índice.

—No creas que voy a dejar este asunto de lado —siseé, amenazante—. Es solo que ahora no puedo hablar, porque llego tarde. Además, también estoy deseando darte unos besos en la boca —declaré, intentando convencerme a mí misma.

Seguí bajando las escaleras.

— Bella, espera... —me siguió, apresuradamente—. ¿Y si Anthony no deja de llorar? —quiso saber, pareciendo desesperado por mi marcha—. ¿Y si le entra hambre? ¿Y si se rompe el cuello?

Las preguntas brotaban de su boca sin parar.

Negué con la cabeza y abrí la puerta de salida.

—Es tu hijo, Thomas. Tú sabrás qué hacer.

—Pero a él le gustas tú, no yo —replicó, obligándome a mirar a los dos. El pequeño bebé me sonrió de una forma tan preciosa que no pude resistir el deseo de cogerlo cuando estiró sus bracitos hacia mí.

—Oh, ¿mi bebé me quiere, eh? —Anthony hundió su cabecita en mi cuello, babéandome toda la piel. Pero, como la tonta que era, me emocioné muchísimo.

— Sí, pequeño travieso, yo también te quiero.

Se lo entregué a Thomas y, acto seguido, salí, aunque oí su llorito, que me partió el corazón.

No fue hasta que estuve en el ascensor cuando me di cuenta de que había llamado «mi» al pequeño.

—Hoy mismo he comprado acciones por valor de miles de dólares. De hecho, se me conoce por ser un buen inversor, ¿sabes? Nunca dejo pasar una oportunidad de ganar más dinero.

Sonreí, pero sin mostrar los dientes.

Me encontré con Greg hace unos minutos en un restaurante muy elegante, aunque ya estaba acostumbrada a ese tipo de ambiente, ya que siempre acompañaba a Thomas a sus reuniones.

—Ah, ya me habías dicho que eres un hombre ambicioso —comenté, intentando no dejar traslucir mi irritación en el tono de voz.

Estaba frustrada, irritada y aburrida. El tipo tardó prácticamente casi tres meses en llamarme y, al fin y al cabo, no era más que un completo imbécil, un egocéntrico que solo sabía hablar de sí mismo, además de dejar claro que no tenía respeto por los demás. Además, la forma en que no paraba de mirarme el escote me hacía sentir mal, porque era como si me viera solo como un maldito trozo de carne.

—Y tú, ¿no? —preguntó, cogiendo su copa de vino—. ¿Cuál es tu ambición, señorita Bella?

Respiré hondo, reflexionando sobre su pregunta.

De todas las ambiciones que tenía en la vida, ninguna superaba mi deseo de ser feliz junto a alguien digno y, desde luego, ese alguien no era aquel idiota que tenía delante.

Me levanté sobresaltada.

—Disculpa, pero tengo que irme —le avisé, ansiosa por volver a casa. En el fondo, mi mente no había dejado de pensar en Thomas y en el bebé ni un solo momento desde que los dejé. —Podría decir que ha sido una velada agradable, pero estaría mintiendo. ¡Ha sido la peor cita de mi vida!

No esperé a que me respondiera y, sin más, me fui.

Fuera del restaurante, llamé a un taxi y le di la dirección del edificio donde vivía Thomas.

Cuando llegué, me di cuenta de que la casa estaba patas arriba; Anthony estaba hecho un desastre y Thomas también.

—Has llegado pronto —comentó él, pero ni le hice caso, porque todavía me sentía frustrada por la cita, que había sido una auténtica pérdida de tiempo. No debería, pero sentí un poco de enfado hacia Thomas, porque era un hombre maravilloso, y eso me hacía buscar las mismas cualidades en otros hombres.

—*¡Mio Dio!* ¿Qué ha pasado aquí? Anthony parece que acaba de salir de una guerra —observé, atónita.

—Estábamos en guerra, Bella —exclamó Thomas.

Negué con la cabeza, aturdida.

Cogí al bebé de sus brazos.

—¡Dios mío! —exclamé, frunciendo los labios al mirar su camisa—. Ve a darte una ducha, hombre. Apestas a vómito —fruncí la nariz—. Yo me encargo de Anthony.

Al decir eso, lo dejé allí y subí al piso de arriba con el pequeño en brazos.

En los minutos siguientes, le cambié la ropa sucia al bebé, le preparé el biberón y, a continuación, lo acuné hasta que se durmió. Estaba inclinada sobre la cuna, admirando a aquel angelito, que roncaba tranquilamente.

—¿Qué tal un café? —Oí la voz de Thomas a mis espaldas.

Estaba terminando de secarse el pelo y llevaba un pijama. No dije nada, pero asentí con la cabeza.

—¿Quieres hablar de la cita? —preguntó él, mientras me servía una taza de café expreso. Yo todavía llevaba el vestido que me había puesto para la cita; solo me había quitado las sandalias—. No pareces muy animada.

Suspiré, molesta.

—Es porque no lo estoy —respondí haciendo un puchero—. Ha sido la peor cita de mi vida. —Me llevé la taza humeante a la boca y sorbí el líquido caliente—. El tío era un idiota.

Al contrario de lo que pensaba, Thomas no hizo ningún comentario.

—¿Seré tan mala que solo atraigo a este tipo de hombres? —me desahugué—. Entiendo que soy torpe, intensa y entrometida la mayoría de las veces. También está mi enorme familia, a la que le encanta meterse en la vida de todo el mundo. Pero, vaya... me creo una chica guay. Soy una chica guay, ¿no?

Thomas se acercó hasta donde yo estaba sentada y se inclinó, apoyando los brazos en la barra.

Contuve la respiración en el instante en que me acarició la cara con una mano.

—Eres un ángel en mi vida, Bella —declaró con intensidad—. La chica más increíble que he conocido, y no lo digo porque siempre me estés ayudando.

—Siempre salvándome el pellejo, querrás decir —le corregí, haciéndole sonreír.

Su sonrisa hizo que fijara la mirada en sus labios, allí... tan cerca de los míos.

Thomas pareció darse cuenta de mi interés, porque también se quedó mirando mi boca con el mismo deseo.

Cuando menos me lo esperaba, inclinó la cabeza y unió nuestros labios. Al principio, nos quedamos quietos, sintiendo la textura y la respiración del otro. Todo mi cuerpo se estremeció con ese contacto, y me esforcé al máximo por controlar las reacciones que me provocó ese simple gesto.

En el momento en que nuestras lenguas se tocaron, me estremecí. Me sorprendí a mí misma rodeándole el cuello con los brazos, y él se acercó un poco más y me abrazó por la cintura, obligándome a mantenerme de pie. Sentir su cuerpo pegado al mío de esa manera me hizo gemir contra su boca.

—Thomas... —susurré bajo la neblina de lujuria que me invadió—. ¿Qué estamos haciendo? —pregunté en voz baja. Lo amaba, pero tampoco tenía intención de convertirme en una más de su interminable lista de conquistas.

Levantó la mano derecha y me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja. La forma en que me miraba me excitó aún más.

—Besándonos —dijo simplemente, estudiando los rasgos de mi rostro—. ¿No te gusta?

—No te hagas el tonto —le di un golpecito en el hombro—. No me refiero a eso. —Me mordí los labios, nerviosa. Lo aparté con delicadeza, pero necesitaba alejarme de su tacto para poder pensar con claridad—. No quiero ser una más.

—¿Una más? —preguntó, agarrándome del brazo, y no tuve fuerzas para retroceder.

—Una más de tus rollos, de tus conquistas baratas o como quiera que las llares.

Parpadeó, atónito.

—¿Así es como me ves, Bella?

Me encogí de hombros.

En ese momento, me soltó y se alejó, dándome la espalda. Pude ver que se llevaba la mano a la cara, pensativo.

Cuando menos me lo esperaba, simplemente salió de la cocina, dejándome sola.

Bueno, no del todo sola, sino con mis pensamientos contradictorios, además de un cuerpo que ardía de deseo por más de sus manos y sus besos.

Capítulo 7

Thomas

Toda mi piel ardía mientras me alejaba de la cocina; parecía que mi cuerpo me reprochaba haberme alejado de Bella. Sin embargo, aún me veía intentando asimilar el hecho de que ella me viera como un gigoló.

Nunca me había parado a pensar en mi vida sexual, y mucho menos en la forma en que las mujeres me veían. Sin embargo, me consideraba un hombre honrado y decente; nunca había faltado al respeto a ninguna de las parejas con las que había compartido mi cama. Así que, sí, me sentí incómodo con la visión que Bella tenía de mí.

No me gustó saber que ella desconfiaba de mis intenciones.

Algo en mi pecho se me oprimió al pensarlo, porque no quería que ella me viera así. Bella era una persona importante en mi vida, y no solo porque me estuviera ayudando con mi hijo.

¡Maldita sea!

Molesto, decidí irme directamente al baño. Necesitaba una ducha fría para calmar la excitación que me había provocado nuestro beso.

Cuando amaneció, yo ya estaba despierto. De hecho, me había pasado buena parte de la noche en vela, replanteándome las cosas e intentando entender mis sentimientos. Me obligué a darme otra ducha fría, porque acabé teniendo un sueño erótico con Bella llevando ese vestido rojo que se puso para quedar con ese idiota de Greg. Me cabreé. Y darme cuenta de eso me dejó confundido, ya que la idea de saber que ella se iba a ver con otro hombre me provocó todo tipo de emociones, sobre todo, celos.

De hecho, muchos celos.

Anthony estaba durmiendo cuando decidí bajar a prepararme un café.

Encendí la cafetera y me recosté en la encimera, mientras esperaba a que el café estuviera listo. En ese momento, Bella apareció en la cocina y dio un respingo de susto al verme allí.

—¡Qué susto, Thomas! —exclamó, llevándose la mano al pecho—. No sabía que ya estabas despierto.

—No conseguía dormir —comenté, sin apartar la mirada de ella, que bajó la vista, avergonzada.

Recorrí con la mirada su cuerpo, fijándome en su pijama rosa. Bella era una chica preciosa, y sus curvas me llenaban la vista.

—Yo tampoco —confesó, mordiéndose los labios carnosos. Pude notar el rubor en sus mejillas—. Me quedé pensando en lo que pasó entre nosotros.

Respiré hondo, atormentado por la mezcla de emociones y sensaciones.

—Tengo que ser sincero y decirte que me siento confundido con todo lo que nos está pasando, Bella, y no solo con lo de ayer —afirmé, acercándome más—. La verdad es que las cosas han cambiado desde que llegó Anthony.

—Sí, han cambiado —se limitó a decir. No apartó la mirada de la mía—. Vivir juntos puede que nos esté alterando las hormonas.

—Estoy sintiendo cosas diferentes por ti —admití, pillándola por sorpresa, porque abrió mucho los ojos—. Pero quiero estar seguro de lo que siento —añadí—. Además de demostrarte que no eres solo una más.

Me di cuenta de que se le había acelerado la respiración, ya que el movimiento de su pecho se había vuelto frenético.

—Thomas...

— Ven a viajar conmigo —le pedí de forma brusca, interrumpiéndola. Me asustó tanto la invitación como a ella, pues

había actuado totalmente por impulso.

—¿Viajar? —repitió, parpadeando—. ¿Cómo es eso?

Me incliné sobre la barra, dejando que nuestros rostros quedaran muy cerca.

—Sí, viajar —respondí, sonriendo—. Una semana lejos de todo —murmuré, tranquilo—. Puedo contratar a una niñera para que nos acompañe, así tú y yo tendremos tiempo para disfrutar de momentos a solas.

Se mordió los labios, pensativa.

— ¿Pero y la empresa? No puedes dejarlo todo así, Thomas. ¿Y tus compromisos? Tu asociación con los chinos aún está en fase de expansión, así que no me parece bien que te ausentes así, de la noche a la mañana.

Me encogí de hombros, riendo.

—Soy el dueño, por Dios —declaré, sin una pizca de culpa—. Puedo tomarme unos días de vacaciones cuando me dé la gana. Además, estaré localizable por teléfono todo el tiempo.

Ella también se rió, sin dejar de morderse el labio inferior. Me resultó imposible ignorar el deseo de mordérselos yo mismo, sobre todo porque ya conocía su sabor.

— ¿Qué me dices? ¿Aceptas? — Ni siquiera me molesté en ocultar mi impaciencia por su respuesta.

Sonriendo, ella negó con la cabeza.

—¡Acepto! —exclamó, animada.

En ese momento, yo también me emocioné. Di la vuelta a la barra y la atraje hacia mí para abrazarla. Mi nariz se deslizó por su pelo, para sentir su perfume.

—Será un viaje lleno de descubrimientos —le prometí, provocándole un escalofrío por todo el cuerpo.

Bella intentó no mostrarse sorprendida por el hecho de que tuviera un jet privado, pero el asombro se reflejó en su precioso rostro.

— ¡*Mio Dio!* Eres muy rico, hombre —comentó, asombrada, lo que me hizo reír.

Bajamos del coche en el que íbamos. El viaje en sí se había organizado todo a toda prisa, pero sentía que ella y yo lo necesitábamos; necesitábamos ese tiempo juntos para entender nuestros sentimientos.

No fue difícil contratar a una niñera para que nos acompañara, algo que, por cierto, a Bella no le gustó mucho, pero yo no podría hacer lo que deseaba con ella si Anthony estuviera con nosotros. Así que contraté a esta profesional, una mujer de mediana edad, de una empresa de renombre, especializada exclusivamente en este tipo de servicio.

Cuando nos detuvimos frente al avión, le entregué el equipaje a uno de los empleados. La niñera pasó junto a nosotros, llevando a Anthony en brazos; él balbuceaba palabras incoherentes. Últimamente se atrevía a hablar, sobre todo cuando Bella le ponía dibujos animados.

—No eres una más. Porque a ninguna de esas «una» la he llevado a ningún sitio. Y no te quiero solo para que cuides de Anthony.

Al decir eso, la adelanté y me puse delante, dejándola pensativa.

Aterrizamos en Jamaica por la noche. Bella durmió gran parte del viaje, pero se quedó encantada cuando llegamos al país.

— ¡Vaya! —exclamó, deslumbrada—. No sabía que íbamos a venir aquí —comentó, incrédula, ya que yo le había ocultado el destino de nuestro viaje.

Sonreí, contagiado por su entusiasmo.

—Vengo aquí siempre que puedo —declaré, mientras nos dirigíamos al coche que ya nos esperaba. La señora Amelia ya se había acomodado junto a Anthony, que dormía plácidamente—. Me encanta este país, así como su gente, tan cálida y acogedora —sonreí.

Subimos al coche; yo me senté delante, con el conductor, mientras que Bella se sentó detrás, junto a la niñera y Tony. Tendríamos que coger una embarcación que nos llevaría hasta la pequeña isla privada cercana a la costa jamaicana.

El lugar que había reservado para nosotros era un complejo turístico de lujo, una mansión de estilo georgiano que daba acceso a ocho restaurantes con diferentes tipos de cocina, como la tailandesa y la italiana. Y lo más importante: contaba con toda la infraestructura necesaria para acoger a niños. Anhelaba sentirme bien junto a Bella, pero también quería que mi hijo se sintiera cómodo.

—¿Quieres saber qué actividades hay aquí? —le pregunté a Bella, girándome hacia atrás *para* mirarla a los ojos, llenos de expectación—. Podremos dar un paseo en lancha, además de nadar con delfines. Los más valientes pueden optar por bucear con tiburones o interactuar con rayas (sin el aguijón).

— ¿Bucear con tiburones? ¿Te has vuelto loca? —preguntó entre risas. Luego miró a la señora Amélia, que también tenía los ojos asustados ante la idea—. ¿Se te había ocurrido algo así?

Me tocó a mí reírme.

La conversación siguió hasta que llegamos al complejo turístico.

La habitación que elegimos era una que se podía conectar con la de la niñera.

—No te preocupes, que yo dormiré en el sofá —le dije a Bella cuando noté que se ponía tensa al ver que solo había una cama—. Es solo que no quise reservar dos habitaciones, ya que podríamos compartir esta.

Ella volvió la cabeza hacia mí, sonriendo avergonzada.

Se aclaró la garganta.

— ¡Claro, tienes razón!

Era extraño, porque nuestra relación siempre había sido estrictamente profesional, aunque tuviéramos intimidad. Así que, en ese momento, ninguno de los dos sabía cómo comportarse con el otro.

—Voy... —señaló hacia el baño— a darme una ducha.

Asentí con la cabeza.

—Ve, adelante —sonreí—. Yo voy a ver cómo está Anthony —señalé, rascándome la nuca, también un poco cohibida—. Además, quiero preguntarle a la señora Amélia si necesita algo.

En ese momento, cada uno se fue por su lado.

Llamé suavemente a la puerta de la habitación, que comunicaba con la nuestra, y la abrí. La señora Amelia estaba de pie, junto a la cuna.

—¿Está durmiendo? —pregunté, acercándome para poder admirarlo.

—Sí, señor Thomas —dijo ella, con los ojos brillantes al mirar a mi hijo—. El viaje siempre deja a los niños cansados. Con este pequeño no ha sido diferente. —Tenía un marcado acento ruso.

Extendí la mano y le acaricié las mejillas regordetas, mientras él roncaba suavemente. Era precioso ver cómo su barriguita subía y bajaba al ritmo de su tranquila respiración.

Era tan extraño que, hace solo unos meses, me sentí desesperado cuando Jenna, sin más, lo dejó en mi puerta; sin embargo, ahí estaba yo... sin poder imaginar ya mi vida sin mi hijo.

—¿Necesita algo, señora? —le pregunté, y ella sonrió, avergonzada. —He contratado a dos empleados para que le ayuden en todo lo que necesite. Están ahí fuera, en el pasillo —le avisé

Ella dio las gracias, sacudiendo la cabeza.

Me quedé allí unos instantes más, hasta que decidí alejarme y volver a mi habitación.

Bella todavía estaba en la ducha, así que aproveché para hacer algunas llamadas. Al contrario de lo que había dicho antes, sí que me preocupaban mis negocios; no podía, sencillamente, abandonarlo todo.

En cuanto terminé las llamadas —lo que me llevó más tiempo de lo que imaginaba—, salí del balcón y volví al dormitorio. Al mirar hacia la amplia cama, me topé con Bella, acurrucada entre las mantas. Sonreí al verla abrazada a su Bob Esponja.

Esa escena me llenó el corazón de ternura.

Ya no podía seguir negando que algo nuevo estaba naciendo dentro de mí. Lo único que no tenía claro era qué era realmente.

Capítulo 8

Bella

Aunque había pasado la noche anterior en vela, por culpa del beso y de toda la tensión que Thomas y yo sentimos al tocarnos, seguía sintiéndome inquieta. Abrí los ojos lentamente, solo para echar un vistazo a la lujosa habitación.

Aún era de madrugada, pues pude ver el brillo de la luna resplandeciendo a través de los cristales de las ventanas y las puertas del balcón. Me incorporé, sintiendo la vejiga llena. Thomas estaba tumbado en el sofá, todo torcido. Me mordí los labios, sintiéndome culpable por no haberle invitado a compartir la cama conmigo. Pero, ¿cómo iba a resistir la tentación si dormía con él a mi lado? Mi cerebro amenazó con derretirse como gelatina con solo un beso, así que, ¿cómo iba a controlarme si compartíamos la misma cama?

iMannaggia^[3] !

Me levanté del colchón, con cuidado de no hacer ruido, ya que no quería despertarlo. Mi intención era solo contemplarlo.

En el fondo, todavía me costaba creer que Thomas realmente me hubiera invitado a viajar con él para que, juntos, descubriéramos nuestros sentimientos. Pero él no tenía ni idea de que yo ya tenía claros los míos desde hacía años.

Llevaba mucho tiempo amándolo en secreto.

Caminé, paso a paso, hasta el baño, donde vacié mi vejiga llena. A continuación, salí y recorrí el camino hasta la puerta que separaba nuestra habitación de la de la niñera y, lentamente, la abrí. Necesitaba comprobar, con mis propios ojos, si mi pequeño dormía plácidamente. Sonreí, sintiendo cómo mi corazón se llenaba de amor al encontrarlo roncando.

Anthony llevaba poco tiempo en mi vida, pero sentía como si tuviéramos un fuerte vínculo, aunque no hubiera salido de mi vientre.

Al cabo de unos instantes, salí de allí y volví a la cama. Me acomodé de manera que pudiera quedarme mirando a Thomas.

No me di cuenta de cuándo ocurrió, pero acabé quedándome dormida con la imagen del único hombre que tenía mi corazón.

Me desperté con el sonido de unas carcajadas; Thomas estaba jugando con Anthony, que estaba a mi lado, en la cama.

— Pa... pa... pa... pa... —balbuceaba el pequeño, refiriéndose a su padre. Todavía recordaba la primera vez que habló; tanto a mí como a Thomas se nos llenaron los ojos de lágrimas.

—Ah, ¿quieres a papá? ¿Quieres a papá? —Thomas le hacía cosquillas en la barriguita al pequeño, lo que hacía que el niño se riera a carcajadas.

Aproveché que aún no se habían dado cuenta de que estaba despierta y seguí en silencio, limitándome a observar aquella preciosa escena. La evolución en la relación entre ambos, como padre e hijo, era evidente; cuando Anthony apareció en la vida de Thomas, el hombre apenas sabía cogerlo en brazos, ¿y cambiarle un pañal? ¡Ni hablar! Así que ser testigo de sus interacciones me llenaba de orgullo y amor.

Mucho amor.

—¡Mira quién se ha despertado, hijo! —murmuró él al verme despierta. Su mirada fija en mí era encantadora—. ¿Qué tal si le das los buenos días a tu tía, eh?

Cogió al niño en brazos y lo acercó hacia mí.

— ¡*Buongiorno!* — saludé en mi lengua materna. Sonreí mientras me sentaba en la cama. Me di cuenta de que la señora Amélia estaba en un rincón, simplemente observando y lista para

intervenir. — ¡Hola, bebé! ¿Has dormido bien, eh? ¿Has dormido? — Hundí la cara en su barriguita, haciéndole cosquillas.

Después me centré en su padre, que seguía allí, mirándome fijamente con un brillo intenso en los ojos.

—¿Qué hora es? —pregunté, disimulando lo que me hacía sentir.

—Cerca de las nueve —respondió—. Estoy pensando en bajar a tomar el desayuno —comentó—. ¿O prefieres que sea aquí? Si lo prefieres, pediré que nos lo traigan a la habitación.

Negué con la cabeza, aunque estaba completamente deslumbrada con la idea de estar allí, juntos, con Anthony. Era como si fuéramos una familia, una con la que siempre había soñado.

—Quiero bajar para conocer el sitio —declaré, animada—. De hecho, quiero conocerlo todo.

Su enorme sonrisa me llenó el corazón de calidez.

Volví a llenar a Anthony de besos y, a continuación, se lo entregué a su padre.

—Dame solo unos minutitos para cambiarme de ropa —le pedí, sacando los pies de la cama.

A continuación, corrí al baño.

Thomas y yo bajamos; la señora Amelia se quedó en la habitación con Anthony.

— ¡Thomas, este lugar es magnífico! —exclamé, asombrada por la belleza de todo aquello. Como habíamos llegado allí a última hora de la noche, no habíamos podido apreciar toda su belleza. Era, básicamente, una lujosa mansión en medio del océano. — ¿Has estado aquí antes? —le pregunté, mientras lo acompañaba al lugar donde se servía el desayuno.

—No —respondió, con aire sincero—. Pero ayer hice una búsqueda rápida y pensé que sería el lugar perfecto.

—¿El lugar perfecto? —repetí, intentando entender a qué se refería.

Llegamos al salón y Thomas eligió una de las mesas; me acercó una silla como un caballero.

—El lugar perfecto para parejas como nosotros, que necesitamos entender lo que sentimos el uno por el otro —murmuró, en respuesta a mi pregunta. Tenía una mano apoyada sobre la mesa y la otra sobre el respaldo de mi silla. Me quedé sin aliento en el instante en que se inclinó y me besó en la comisura de los labios.

—Por cierto, estás guapísima —me dijo, sonriendo con mucha intensidad. Después de eso, se alejó y se sentó en su asiento.

— Tienes que dejar de hacer eso, Thomas —susurré, nerviosa, retorciéndome en la silla. Empezaba a sentir calor.

Puso una expresión tan adorable que me entraron ganas de besarlo.

— ¿Hacer qué? No lo entiendo.

— Halagarme así —dije, gesticulando y mordiéndome los labios—. Me da vergüenza.

Ese cabrón me dedicó una de sus sonrisas irresistibles, lo que me provocó un frenesí interior. Cada vez me resultaba más difícil resistirme a él.

—Pues mejor que te vayas acostumbrando, porque soy un hombre romántico, Bella —afirmó, seductor—. De hecho, soy de los que se casan.

Eché la cabeza hacia atrás y me eché a reír, aunque no podía ignorar cómo mi corazón se aceleró un poco ante esa posibilidad.

Sin embargo, las palabras de mi hermana, cuando expresó su preocupación por que acabara saliendo herida al final de toda esta historia, resonaban en mis pensamientos, aunque intentara no pensar en ellas; no quería convertirme en rehén del miedo, pues este era un sentimiento que nos situaba en el lado opuesto de nuestros sueños, logros y oportunidades.

—¿Qué pasa? —Oí la voz de Thomas; su mirada denotaba preocupación—. De repente te has puesto seria.

Esbocé una sonrisa forzada.

—No es nada —mentí—. Son tonterías mías. —Aparté la mirada, fingiendo indiferencia—. ¿Y bien? ¿Vamos a comer?

Noté que no se había creído mucho mi mentira, pero decidió no decir nada, lo cual agradecí, pues no habría sabido qué decir.

Capítulo 9

Thomas

Después de desayunar, volvimos a la habitación para cambiarnos y bajar a disfrutar del día en la piscina o en cualquier otro sitio. La verdad es que había tantas actividades que resultaba difícil elegir qué hacer primero.

— ¿Podemos darnos un chapuzón ahora por la mañana? ¿Qué te parece? —le pregunté a Bella, mientras ella aún estaba en el baño—. La señora Amelia acaba de salir a dar un paseo con Anthony, así que tenemos vía libre para disfrutar de todo.

En ese momento, oí el clic de la puerta y, acto seguido, Bella apareció en mi campo de visión. Se me hizo la boca agua en cuanto vi su cuerpo envuelto en un diminuto bikini, lo cual era un pecado tremendo. Casi me quejé cuando se cubrió sus muslos bien torneados con una maldita pareo amarilla.

—¿Sabes bucear? —preguntó, incrédula—. Porque yo no sé. —Se rió—. Solo sé nadar.

—Puedes aprender —dije, sonriendo—. No hace falta ningún título ni experiencia en buceo —expliqué—. He descubierto que aquí hay unos programas de buceo increíbles.

Se encogió de hombros y, a continuación, se frotó las manos como si estuviera emocionada.

— ¡Pues vamos allá!

Jamaica es uno de los países más bonitos del Caribe. La isla, conocida por su cultura y sus playas, cuenta con numerosos complejos turísticos de lujo a lo largo de su costa.

— ¡*Mio Dio*, Thomas! —exclamó Bella con asombro—. ¡Mira esos bungalós! —Señaló a lo lejos. Todos los complejos turísticos

estaban conectados entre sí, y cada uno ofrecía servicios y actividades diferentes. —¿Podemos ir allí, verdad? —Puso una carita adorable, casi como una niña ansiosa por un juguete nuevo—. ¡¿Y las piscinas?! ¡Guau! Incluso hay césped para jugar. —Se calló cuando pasamos por un lugar donde se estaba celebrando una especie de fiesta; era algo habitual por allí.

—Voy a alquilar una lancha para nosotros dos —le avisé, ansioso por quedarme a solas con ella.

En ese mismo instante, me miró fijamente.

— ¿Y tú sabes pilotar, por casualidad? — Arqueó las cejas, recelosa, pero percibí un tono de desafío en su voz.

—Sé muchas cosas, *cariño* —dije, observando cómo se le sonrojaban las mejillas al oírme hablar en italiano.

Tras unos largos minutos y un poco de papeleo, Bella y yo nos alejamos de la playa en la lancha. Hacía un día soleado, lo que nos daría la oportunidad perfecta para disfrutar de unos buenos chapuzones.

—¡Mira, Thomas! —Bella no ocultaba su euforia ante tantas novedades. A medida que nos alejábamos de la costa, señalaba todo lo que le llamaba la atención.

En cuanto paré —en un lugar que me pareció adecuado para nadar—, eché el ancla.

Bella ya se había quitado el pareo, regalándome de nuevo la belleza de su cuerpo semidesnudo. Al igual que sus pechos, sus muslos también eran voluptuosos, lo que me provocó pensamientos pecaminosos.

—Entonces sabes nadar, ¿no? —le pregunté, acercándome a ella mientras me quitaba la camiseta.

Noté su mirada lasciva bajo mi pecho.

—Soy casi un pez, jefe —dijo guiñándome el ojo con picardía.

A continuación, se dio la vuelta, lo que me hizo inclinar la cabeza hacia un lado para poder admirar su trasero respingón. La

braguita del bikini era tan minúscula que apenas se veía la fina tira. Tuve que respirar hondo para controlar la excitación que me invadió al verla.

Bella se subió al borde de la piscina y, acto seguido, se inclinó y se lanzó al agua. Observé con atención el instante en que se sumergió, haciendo esa típica escena de dibujos animados, escupiendo agua por la boca. No pude contener la risa.

Rápidamente me quité los pantalones cortos y me quedé en bañador. Salté muy cerca de ella, salpicando agua por todas partes; el agua era muy cristalina.

—¡Ay, Thomas, cuidado! —se quejó, aunque se estaba riendo—. Pareces un pez descontrolado.

— ¿Ah, sí? Te voy a enseñar lo que es un pez descontrolado —la desafié, nadando hacia ella con brazadas largas. Cuando me acerqué, la agarré por los hombros y la hundí.

Cuando se sumergió, tosió, pero se acercó a mí ansiosa por vengarse.

—¡Ahora ya verás! —Intentó agarrarme por los hombros, como yo había hecho con ella, deseando hundirme, pero le rodeé la cintura, divirtiéndome con su intento. —¡Así no vale, Thomas! —se quejó, molesta, mientras yo no hacía más que reírme.

De repente, pillándome desprevenido, me mordió en el cuello, lo que me hizo bajar la guardia.

—¡Caramba, Bella! —Me quejé, tosiendo—. Eso ha sido un golpe bajo, mujer. —Le salpiqué con agua, mientras ella se reía a carcajadas.

Nos quedamos nadando uno alrededor del otro, riéndonos y retándonos; hasta que, en un momento dado, Bella acabó en mis brazos, con la cara tan cerca de la mía que no pude resistirme al deseo de saborear sus labios una vez más.

—Thomas... —susurró, tan nerviosa como yo.

— Quiero besarte —declaré, sin poder apartar la mirada de su boca carnosa y tentadora—. Y ese deseo es casi insoportable.

La observé mientras se humedecía los labios, como si estuvieran secos, sin apartar tampoco la mirada de mi boca.

— Pues bésame —me dijo, rodeándome el cuello con los brazos.

No esperé ni un minuto más y uní nuestras bocas en un beso apasionado y lleno de promesas tácitas.

Capítulo 10

Bella

—Todavía estoy extasiada con todo esto, ¿lo sabías? —le comenté a Thomas. Estábamos tumbados en la lancha, admirando el cielo despejado. —No voy a ser hipócrita y decir que nunca había deseado esto contigo, pero...

—¿Ya tenías pensamientos impuros sobre mí? —me interrumpió, en tono de broma.

Me eché a reír, girando la cabeza hacia un lado porque quería mirarlo a los ojos; nuestros rostros estaban tan cerca que no pude resistirme al deseo de llenarle la boca de besos otra vez. Parecía un sueño.

Tenerlo en mis brazos de esa manera parecía un sueño.

—Deja de ser tan indiscreto. —Le mordí ligeramente el labio inferior—. Me refiero a estar contigo así... —hice un gesto, sonriendo — con esta intimidad.

Me miró fijamente, mientras me acariciaba la cara.

—¿Entonces estás diciendo que ya te gustaba antes de lo de Anthony? —Asentí con la cabeza, aunque me sentía asustada por toda la vulnerabilidad que mi confesión podía causarme—. ¡Vaya! Nunca me di cuenta.

—¡Porque no lo demostraba, claro! —exclamé entre risas, intentando disimular la timidez—. Eres mi jefe, Thomas, y siempre me ha gustado mi trabajo.

Volví a tumbarme boca arriba, mirando al cielo soleado.

—Mi hermana era la única que sabía de mi pasión platónica por ti —admití, avergonzada—. Y te adelanto que ella, en cierto modo, te odia.

—¿Qué? ¿Te odia? —se sorprendió—. ¿Hiciste mi calavera para tu hermana?

Me reí ante su expresión de asombro.

—No tengo la culpa, fue ella quien sacó sus propias conclusiones —me encogí de hombros, eximiéndome de toda responsabilidad.

En ese momento, Thomas se abalanzó sobre mí y empezó a hacerme cosquillas.

—No me lo puedo creer —se quejó, mientras yo solo podía reírme, castigada por sus cosquillas—. Y ahora, ¿cómo voy a atreverme a enfrentarme a tu familia, eh?

Abrí mucho los ojos.

— ¿Estás pensando en conocer a mi familia? —Arqueé las cejas, sorprendida por sus palabras—. Te vas a asustar —afirmé, sentándome.

—Lo dudo —replicó, sentándose también—. No hay nada más aterrador que mi madre —puso los ojos en blanco, en tono de broma, pero percibí un atisbo de tristeza en su voz.

—Tú y ella seguís enfadados, ¿verdad? —le pregunté.

—Hablamos por teléfono, pero siento que hay una barrera entre nosotros —se encogió de hombros, entristecido—. La verdad es que ya existía desde que perdimos a mi padre, ¿sabes? Cuando él se fue, mi madre se convirtió en esa mujer de hielo.

Fruncí el ceño, compadeciéndome de él.

—Lo siento mucho —susurré, cogiendo su mano entre las mías y apretándola.

—Gracias —sonrió, llevándose mi mano a la boca y besándola.

Yo también sonreí, encantada con el brillo que se apoderó de sus ojos azules.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes, sin decirnos nada.

—Eres especial, Bella De Luca —declaró, lo que me hizo poner una mueca al oírme llamar por mi nombre completo—. Y me siento como un idiota por haber tardado tanto en darme cuenta.

Me encogí de hombros, cohibida. Sentí que se me calentaban las mejillas.

—Estabas demasiado ocupado convirtiéndote en uno de los directores generales más brillantes del sector de la industria alimentaria, según Forbes^[4] —comenté, guiñándole un ojo.

Esta vez fue él quien se echó a reír a carcajadas.

Deslumbrada, mis ojos no se despegaron de su rostro, deslizándose por su pecho desnudo; Thomas no era un hombre peludo, aunque podía ver un puñado de pelos esparcidos por su pecho.

—En ese caso, soy culpable de verdad —declaró, divertido.

Acercó su rostro al mío, deslizando la mano por mi espalda y apoyándola en mi nuca para mantener mi cabeza firme.

Contuve el aliento ante la intensidad con la que me miró.

—¿Estás seguro de que no te estás equivocando con tus sentimientos? —rompí el momento, pero solo porque todavía me sentía asustada por todo aquello—. Es comprensible, porque te estoy ayudando con Anthony, así que...

Me calló con un beso que me dejó sin aliento; me sentí completamente derretida.

—Me conoces lo suficiente como para saber que no soy hombre de malentendidos —dijo contra mis labios.

—Pero estamos hablando de sentimientos, Thomas, no de negocios —repliqué.

—Tienes razón —afirmó, sonriendo—. Soy capaz de dirigir a miles de personas a diario y lo gestiono muy bien. De hecho, puedo afirmar que también sé gestionar mis sentimientos, aunque admito que ahora es diferente. Es diferente porque se trata de ti, Bella —

declaró, haciendo que mi corazón se acelerara—. Simplemente, pierdo el control, ¿entiendes?

Se me empañaron los ojos por la emoción que me provocó su confesión.

Lo abracé con fuerza, llenándole el cuello de besos.

—Por favor, confía en mí —me pidió—. No voy a hacerte daño. No pretendo que seas una más en mi lista. —Frunció los labios al decirlo, dejando claro que no le había gustado nada cómo me había expresado la vez anterior. Me acarició la cara. —Eres especial, eres importante para mí. ¿Lo entiendes? —preguntó con intensidad. A continuación, me cogió una de las manos y la apretó contra su pecho, sobre el corazón—. ¿¿Notas cómo me late rápido el corazón? Ninguna mujer lo había conseguido antes, solo tú, Bella.

Me secó las últimas lágrimas que humedecían mis ojos.

—Vamos a vivir esto —murmuró, besándome los labios con delicadeza—. Confía en mí.

Asentí con la cabeza, con los ojos cerrados.

—Confío en ti —susurré, aceptando cuando él introdujo su lengua en mi boca.

Fue un beso tierno, que dejó ese regusto a esperanza.

Esperanza de un nuevo futuro para los dos.

Capítulo 11

Thomas

— ¿Quién es el bebé más guapo de la tía Bella, eh? ¿Quién es, eh?!

— Be... Be... Be... —balbuceaba él, una y otra vez. Y sus balbuceos hacían que Bella se enamorara aún más, porque Anthony intentaba pronunciar su nombre.

Ya no podía disimular mi cara de tonto cada vez que veía cómo interactuaba con mi hijo; era más fuerte que yo. Desde que accedió a embarcarse conmigo en toda esta locura con Anthony, empecé a verla con otros ojos, porque descubrí a una Bella que aún no conocía. Su fuerza y dedicación me animaban y, al mismo tiempo, me hacían sentir avergonzado, porque eran cualidades de las que yo carecía en algunos aspectos de mi vida.

—Quiero enseñarte un sitio —le dije, tirándome también sobre la cama, junto a ellos. Llevábamos solo dos días en la isla, pero había sido tiempo suficiente para darme cuenta de que quería a Bella a mi lado. En realidad, Bella siempre había estado cerca, pero me había costado darme cuenta.

Ella me miró con recelo.

—¿Es una sorpresa? —preguntó, poniéndose de pie. Cogió a Anthony en brazos—. Tienes esa cara, Thomas. —Entrecerró los ojos mirándome.

Hice como si no supiera de qué hablaba.

—¿Qué cara?

Ella sonrió, pícara.

A continuación, recorrió la habitación con mi hijo en brazos hasta entregárselo a la señora Amélia, que lo cogió y nos dejó solos.

—La cara de alguien que está tramando algo. —Se detuvo frente a la cama, con los brazos cruzados mirándome.

Solté una risita y me puse de pie también. Me acerqué a ella, rodeándole la cintura con mis brazos ávidos.

—No estoy tramando nada malo —le aseguré, inclinando la cara para inhalar su perfume. En los últimos días había descubierto que me encantaba su olor.

—Apuesto a que sí —murmuró, sonriendo con expectación.

Uní nuestros labios, sin querer perder la oportunidad. Besarla se había convertido en una de las mejores partes de mi día a día.

— ¿Ya puedo abrir los ojos?

—Todavía no —respondí, mientras ayudaba a Bella a caminar para que no tropezara. Odiaría que se hiciera daño.

— ¿Y ahora, ya puedo?

Solté una risita.

—No sabía que fueras tan curiosa —bromeé, haciéndola sonreír.

—Curiosidad ni siquiera se acerca a describir lo que estoy sintiendo, Thomas —bromeó, llena de euforia.

Negué con la cabeza, divirtiéndome.

Cuando me detuve en el lugar perfecto para mostrarle la sorpresa, la solté.

—Ya hemos llegado —le avisé, respirando hondo, sintiendo cómo el nerviosismo se apoderaba de mí—. Ya puedes mirar.

Estaba temblando de ansiedad.

Cuando se quitó la venda de los ojos, oí su grito de asombro. Se tapó la boca con ambas manos.

—Thomas... —parecía quedarse sin palabras.

Pero interpreté su reacción como algo positivo. No se me daban bien las sorpresas románticas. En el fondo, nunca me había preocupado por prepararlas, ya que nunca me había enamorado de verdad.

—¿Te gusta? —pregunté, observando sus reacciones.

Bella estaba tan guapa como su nombre indicaba; llevaba el pelo trenzado y un maquillaje ligero, que solo resaltaba sus ojos claros. El vestido era de croché, pero resaltaba sus pechos generosos y sus caderas anchas.

—¿Estás de broma? ¡Es precioso! —exclamó, señalando a su alrededor. Había encargado a un equipo que preparara uno de los bungalós con algo romántico, pero no había especificado nada. Me fijé en que había champán, chocolate, uvas... incluso habían esparcido pétalos de rosa sobre la cama. —¿Tú has hecho todo esto?

Negué con la cabeza, sonriendo.

— Les pedí que lo prepararan —murmuré, un poco avergonzada—. Solo quería algo romántico. —Me encogí de hombros.

Bella se acercó a mí y me abrazó, besándome con pasión.

— Me ha encantado —susurró contra mi boca.

Esbocé una amplia sonrisa, satisfecho de mí mismo.

—Ven, sentémonos allí —señalé hacia la terraza, donde había cojines, vino y algo para picar. La noche era preciosa, con un cielo lleno de estrellas y la luna regálándonos su luz.

—No tenía ni idea de que estabas preparando algo así —comentó, sin ocultar su euforia—. Me has sorprendido de verdad.

—Me gusta sorprenderte. —Le guiñé un ojo, con picardía—. Y vi cómo te brillaban los ojitos cuando viste estos bungalós, así que pensé: ¿por qué no?

Sus hermosos labios se curvaron en una preciosa sonrisa.

—Me da la impresión de que tienes segundas intenciones — comentó riendo, mientras cogía una uva y se la metía en la boca—. ¿Debería preocuparme?

Cogí la botella de vino y serví dos copas.

—*Non farò niente che tu non voglia, tesoro* (No haré nada que tú no quieras, cariño) —susurré en italiano, al ver cómo se le abrían los ojos y se le aceleraba la respiración—. ¡Salud! —Alcé mi copa.

Nerviosa, cogió la suya y también la levantó.

— ¡Por nosotros! — Chocó su copa contra la mía.

— Cuando era pequeña, muchas veces dormía con los ojos abiertos. Según mi madre, daba un poco de miedo, porque mis pupilas se desplazaban hacia arriba y parecía que tenía los ojos blancos.

—¡Dios mío! —exclamé, riendo—. ¿Cómo se las apañaban con eso?

Llevábamos poco más de una hora en el bungalow. Bella estaba tumbada con la cabeza en mi regazo.

—Se acostumbraron, supongo —dijo, riendo aún más—. Hoy en día ya no lo hago. Aunque, a veces, me pregunto si, por casualidad, entre mis antepasados no habría zombis, ya que mi alergia a la plata es muy fuerte.

Los dos nos echamos a reír.

Era tan agradable que a ella y a mí nos resultara tan fácil hablar de todo; la conversación fluía sin que tuviéramos que forzar nada.

—¿Thomas?

— ¿Eh? — La miré a los ojos, volviendo a acariciarle el pelo; ella misma ya se había deshecho la trenza.

Se sentó, lo que me hizo enderezarme también. Bella se mordió los labios con un gesto nervioso, pero muy tentador.

—Quiero... —carraspeó, pero dirigió la mirada hacia el interior del bungaló, haciéndome entender lo que intentaba decirme.

Todo mi cuerpo estuvo a punto de arder allí mismo.

Me acerqué a ella, acariciándole el rostro cálido. Analicé sus rasgos con cuidado y calma.

—¿Estás segura? —le pregunté con ternura—. No quiero forzar nada. Tendremos mucho tiempo para eso, Bella —afirmé, tranquilo—. Me conformo con besos apasionados y pelotas moradas. —Sonreí, mientras ella me acompañaba.

—Tonto —me besó con intensidad—. Estoy segura —afirmó, chupándome el labio inferior.

Todo mi cuerpo se estremeció ante ese gesto.

Me puse de pie y, acto seguido, le tendí la mano; ella la aceptó y también se puso de pie.

Dentro del bungaló, bajé las cortinas y me tumbé con Bella, despacio, queriendo demostrarle que no tenía ninguna prisa, aunque estaba muy ansioso por ese momento.

Mientras ella estaba acurrucada entre las almohadas, me ocupé de quitarle las sandalias, besándole los pies con cariño; sus gemidos fueron el estímulo que necesitaba para seguir adelante.

Arrodillándome, la ayudé a quitarse el vestido por la cabeza; toqué sus labios en el momento en que se quedó solo en bragas ante mis ojos. Estábamos de rodillas, uno frente al otro, descubriéndonos. Mis manos se deslizaron por su cintura, subiendo hasta encontrar sus pechos, que apreté, adorando la forma en que ella reaccionaba a mis caricias.

Pude sentir sus dedos desabrochándose la camisa, apresurados, ansiosos por sentir mi piel entre sus manos. A regañadientes, me alejé de su cuerpo solo el tiempo suficiente para desnudarme; me quedé solo en calzoncillos.

Bella estaba tumbada y me miraba con ojos ansiosos y expectantes; cuando me coloqué sobre su cuerpo, volví a besar sus

labios carnosos, gimiendo junto a ella en el instante en que sentí su piel caliente contra la mía.

—Qué deliciosa... —susurré, bajando con besos por todo su cuerpo—. —Qué receptiva... —mordí su pezón, y luego el otro—. —Qué sabrosa...

Llegué entre sus piernas, presionando los dedos contra sus braguitas, lamiendo los labios al ver la humedad que se había formado en la fina tela. El salvaje que hay en mí rugió con la clara certeza de que estaba toda mojada por mi culpa.

Cuando le deslicé aquella minúscula prenda por sus muslos gruesos, mis ojos, por fin, vislumbraron su delicia rosada, que brillaba para mí.

—Oh, Thomas... —gimió ella, bajándose la mano para acariciarse, ya que estaba muy excitada.

Eso me puso aún más cachondo, porque demostró que no era nada recatada.

— Voy a cuidar de ti, *princesa* —murmuré, impidiendo que su mano llegara a su destino, porque sería yo quien le daría placer.

Y eso fue lo que hice durante los siguientes minutos...

Una, dos, tres veces...

No me cansaba de oírla gritar mi nombre.

—Podría quedarme así toda la noche —le susurré al oído, admirando el rubor de sus mejillas. Bella jadeaba—. Pero la verdad es que estoy a punto de explotar de excitación...

Le abrí las piernas con las mías y, acto seguido, la penetré de un solo golpe. Ya me había puesto el condón.

Ambos gemimos en la boca del otro.

Fue una sensación única. Una que nunca había experimentado con ninguna otra mujer.

Empecé a moverme lentamente, intensificando poco a poco el ritmo, deseando sentirlo todo.

No había prisa.

Bella aumentaba mi excitación, porque gemía en su idioma, gritando y chocando sus caderas contra las mías, pidiendo más.

Exigiéndome que la penetrara con más fuerza.

Al final, me retiré de dentro de ella y la giré de espaldas, colocándole la cadera de forma que quedara en alto. Desde que la vi en bikini, me volví loco por su trasero.

Nuestros gemidos se mezclaron, convirtiéndose casi en uno solo.

Ver cómo mi polla entraba y salía de ella me hacía perder el aliento, el control...

No había palabras para describir los sentimientos y sensaciones que me invadían en ese momento.

En cuanto Bella dio señales de que estaba a punto de correrse otra vez, aceleré los movimientos y me corrí justo después de ella.

Mi gruñido fue tan animal que hasta yo mismo me asusté.

Caí a su lado, agotado.

Bella tenía la cara hundida en la almohada, pero giró la cabeza para mirarme; una preciosa sonrisa se dibujaba en sus labios.

—¡Ha sido increíble! —exclamó, sin aliento—. ¿Tenemos que volver ya? —preguntó, con un tono malicioso—. Porque quiero más.

Me giré de lado y apoyé la cabeza en la mano, riendo perezosamente.

—Cariño, dame solo un segundo para recargar energías —bromeé, intentando recuperar el sentido.

Tirándose sobre mí, puso esa expresión pícara.

—No te preocupes —susurró, besándome el pecho y deslizándola la lengua por mi piel febril. La deslizó por mi cuello—. Déjame a mí la siguiente ronda —me susurró al oído, chupándome el lóbulo de la oreja.

Se me erizó todo el vello.

¡Joder! La noche iba a ser larga, y yo estaba deseando que llegara.

Capítulo 12

Bella

—¿Me estás diciendo que te has acostado con tu jefe? —preguntó Bianca, escandalizada—. ¿Es eso, Bella? Entonces te has vuelto loca de una vez por todas —resopló.

Puse los ojos en blanco ante todo su drama. La cobertura del móvil allí en la isla no era muy buena, pero se podía hablar en determinados puntos.

— ¿Quieres dejar de comportarte como si fuera el fin del mundo? —murmuré.

— ¿Y no lo ha sido?

—¡Claro que no! —exclamé sin pensarlo dos veces—. Ha sido la mejor noche de mi vida. —Sonreí mientras dirigía la mirada hacia Thomas, sentado en la arena de la playa, con Anthony entre sus piernas. La escena era de lo más bonito que se podía ver. La niñera estaba sentada en la tumbona, pero siempre atenta. —Ha estado increíble, Bianca.

—Pero, ¿quién te garantiza que no te está utilizando, hermana? —replicó, nerviosa—. Lo siento, pero tengo que ser yo quien te abra los ojos. ¿Estás segura de lo que estás haciendo? ¿Estás segura de que no saldrás herida de todo esto?

Me mordí los labios y cerré los ojos.

Sus palabras me dolieron, pero sabía que mi hermana solo estaba preocupada y quería lo mejor para mí.

—Lo único que tengo claro ahora mismo es que quiero vivir esto —respondí con firmeza—. Y si más adelante descubro que solo ha sido un cuento de hadas, ya habrá merecido la pena. —Sonreí de nuevo, aunque sabía que ella no podía verme—. Soy feliz, Bianca.

Se quedó en silencio unos instantes.

— ¡Ay, vale ya! —exclamó. — *Si tú eres feliz, entonces yo también lo soy* —añadió, haciendo que mi corazón se llenara de amor—. *Pero déjale claro que no estás sola* —añadió, con tono amenazante—. *Si se atreve a hacerte daño, toda nuestra familia se va a Nueva York.*

Me eché a reír a carcajadas, sabiendo perfectamente que mi familia estaba loca, pero también que era la más cariñosa y unida que alguien pudiera tener.

Tras unos largos minutos de conversación con mi hermana, colgué y me acerqué a Thomas; estaba riéndose con Anthony, que chapoteaba con sus dos manitas en un charco de agua, mojándose todo.

—¡Mira quién ha llegado, hijo! —exclamó Thomas, mirándome con ojos cálidos.

Me resultó imposible evitar que nuestros momentos lujuriosos, de hacía unas horas, inundaran mi mente; tuve que respirar hondo y sacudir la cabeza para controlarme y ahuyentar los pensamientos pecaminosos.

—¿Pero qué lío es este? —pregunté, sentándome con ellos. Los ojos del pequeño se clavaron en los míos y empezó a soltar esos grititos, chapoteando frenéticamente con las manos en el agua.

Sonreí, embelesada.

—Está muy contento —comenté, encantada.

—Sí, lo está —confirmó él, tan enamorado como yo.

Me acomodé a su lado, en la arena. Sentí cómo me besaba el hombro, obligándome a mirar a sus ojos acogedores.

—No puedo dejar de pensar en nosotros dos —confesó, haciendo que mi corazón se acelerara. Por mucho que lo intentara, no podía evitar sentirme esperanzada con el romance que estábamos viviendo allí.

Me mordí los labios, nerviosa.

—Yo tampoco —admití, y una preciosa sonrisa se dibujó en sus labios.

Su mano se deslizó hacia arriba y sus dedos acariciaron mi mejilla sonrojada.

No dijimos nada más, solo nos quedamos allí, disfrutando de la compañía del otro, mientras cuidábamos del pequeño travieso.

Seis días.

Llevábamos seis días en aquel paraíso, pero me dio la impresión de que los días habían pasado volando.

Respirando hondo, me concentré en las embestidas de Thomas, que parecía querer fundir nuestros cuerpos en uno solo. Me estaba apretando las piernas contra el pecho, de modo que me dejaba con las caderas levantadas y totalmente a su merced.

Sus ojos no se apartaban de los míos ni un instante. Sentía como si quisiera demostrarme que estaba allí conmigo, y solo conmigo.

Deslicé las manos por su nuca, agarrándole el pelo cuando sentí cómo se acumulaba una presión en mi bajo vientre.

Desde que nos acostamos por primera vez, siempre repetíamos la dosis cuando teníamos oportunidad, aunque mi lugar favorito era el bungalow. Acostarme con Thomas nunca era solo sexo, al menos no para mí.

Cada uno de nuestros momentos se convertía en algo especial, porque era con él, el amor de mi vida.

Cuando me corrí, gemí su nombre, sintiendo cómo se me erizaba todo el vello.

Tras unas cuantas embestidas más, él también se corrió.

Me quedé en silencio cuando se apartó, quitándose el condón, mientras yo me acurrucaba entre las mantas.

Dejé escapar un suspiro ahogado.

—¿Qué pasa, Bella? —preguntó, volviendo a tumbarse, pero atrayéndome hacia él. Me acurruqué contra su pecho, encantada de escuchar el sonido de sus latidos acelerados. —Te he notado muy callada hoy, y ahora también. Te he notado distante. ¿Ha pasado algo?

Lo apreté contra mí.

—No es nada —mentí.

Sin aceptar eso como respuesta, me levantó la barbilla, exigiendo que lo mirara a los ojos.

— Estás mintiendo —declaró, serio—. ¿Qué pasa? Puedes abrirte conmigo.

Se me empañaron los ojos.

—Es que... nos vamos a volver mañana —le recordé con voz quebrada. —Y no quiero volver —expresé mi miedo en voz alta—. Nunca he sido tan feliz en toda mi vida. Tú y Anthony sois la felicidad con la que siempre he soñado, así que pensar que todo esto va a acabar, yo...

—¿Quién ha dicho que vaya a acabar? —me interrumpió, parpadeando.

Me quedé sin palabras.

—Esto... —gesticuló entre nosotros dos— es real para mí. No es solo un romance de siete días.

No logré contener las lágrimas.

—Cada día me enamoras más, hombre. ¿Cómo es posible? —pregunté, sujetándole la cara con ambas manos.

Él se rió, con aire arrogante.

—Es un secreto, y no puedo contártelo, porque es mi arma para mantenerte siempre unida a mí —bromeó.

Volvimos a besarnos, un beso tranquilo.

En ese momento, comprendí que mi cuento de hadas era real.

Capítulo 13

Thomas

Dos meses después

—Creo que una colaboración con esta empresa será mejor, porque mira estas cifras... —señaló Bella, mostrando los papeles que había sobre mi mesa. Anthony estaba en uno de sus brazos, con su dedo regordete metido hasta el fondo en su boquita roja. Ya tenía casi diez meses. —Además, cuentan con un programa estupendo relacionado con la salud alimentaria, que es el principal objetivo de *PopCorn More*.

Como no dije nada, levantó la vista hacia mí.

—¿Qué pasa? —preguntó, desconcertada.

Negué con la cabeza, riéndome.

— Nada. — Me recosté en el sillón, luego me levanté y rodeé la mesa. — Solo estaba admirando a mi chica, tan concentrada en el trabajo, mientras tiene a mi hijo en brazos. — Le rodeé la cintura con los brazos y bajé mis labios hasta los suyos, que esbozaban una sonrisa. A continuación, aproveché para darle un besito a Anthony.

—¿Así que ahora soy tu chica? —preguntó, en tono divertido, pero con ese brillo intenso en los ojos.

—Te convertiste en mi chica desde la primera vez que cruzaste esa puerta —señalé, haciéndola sonreír al recordar el día en que la contraté.

—Solo dices eso porque te encanta usar mi cerebro —afirmó con mirada desafiante.

Me incliné para poder susurrarle al oído:

—Y ahora, tu cuerpecito también...

—¡Thomas! —exclamó, escandalizada, apartándose de ella. Tenía las mejillas sonrojadas—. No puedes decir esas cosas cuando tengo a tu hijo en brazos —se quejó, avergonzada.

Me eché a reír.

En ese momento, mi asistente llamó a la puerta y entró, con aire nervioso.

— Señor Thomas, lo siento mucho, pero...

La interrumpió la entrada brusca de mi madre.

—..., no he podido evitarlo —concluyó, señalando con un gesto a la imponente mujer que me trajo al mundo.

Suspiré, frustrado.

—No pasa nada, Ingrid, no te preocupes. Sé muy bien lo insistente que puede llegar a ser la señora Abigail. —Miré a mi madre con ojos irritados.

—No te atrevas a tratarme mal delante de tus empleados, Thomas, sigo siendo tu madre —me regañó, dando una patada en el suelo.

Mi asistente se marchó después de que yo asintiera con la cabeza, liberándola de aquel calvario, que era mío.

—Ahora entiendo el motivo de tu desaparición, o mejor dicho, de tu desprecio hacia mí —insinuó, mirando a Bella y a Anthony—. ¿Sigues con esa niña?

En nuestras escasas conversaciones por teléfono, yo no hablaba de mi vida personal, solo de cosas triviales.

— Ese niño...

Levanté la mano, interrumpiendo las palabras de Bella, que ya estaba dispuesta a defender a mi hijo.

Pero ese era mi deber.

—Este niño se llama Anthony —rugí, con la mandíbula apretada—. Y, le guste o no, es mi hijo, madre —declaré con dureza—. Que sepa que no voy a permitir que lo maltrate nunca más. No

voy a tolerar más que le falte al respeto de esa manera solo por el hecho de que sea fruto de una noche de sexo loco entre su madre y yo. Porque, independientemente de eso, es mi hijo y lo quiero. Si usted no lo acepta, por favor, dé media vuelta y salga de mi empresa ahora mismo.

La sorpresa se apoderó de su rostro, perfectamente maquillado.

—¿Me está echando de su empresa?

Puse cara de pocos amigos.

—Te expulsaré de mi vida si no aceptas a Anthony, madre — dije con firmeza, aunque todo mi ser, por dentro y por fuera, hervía de ira. Odiaba tener que ser tan duro con ella, pero entendí que era necesario.

La observé mientras parpadeaba, con la mirada baja, pensativa.

Mi madre siempre había sido una mujer acostumbrada a tener lo mejor de todo, ya que procedía de una familia rica, además de haberse casado con mi difunto padre, que también era un hombre muy acaudalado. Pero nunca fue una mala persona.

De repente, respiró hondo y se acercó hasta quedar cara a cara conmigo. Levantó la mano y me acarició la cara.

—Eres un buen hijo, Thomas —dijo, sonriendo—. Tu padre estaba muy orgulloso de ti. Yo también lo estoy. —Percibí un brillo húmedo en sus ojos azules, como los míos, aunque no dejó que se le cayera ninguna lágrima.

Se inclinó y me besó en la frente; luego, se apartó y se quedó mirándome un rato. Pensé que diría algo más, pero no fue así.

En cambio, giró la cabeza y fijó la mirada en Anthony; me pareció vislumbrar una leve sonrisa en sus labios, pero fue tan rápido que no supe si había sido real o solo mi imaginación.

Cuando, sin más, me dio la espalda y salió de la habitación, me quedé sin palabras; tardé un rato en asimilar lo que acababa de

pasar allí.

—¿Estás bien? —Parpadeé al oír la voz de Bella, que tenía la mano apoyada en mi hombro.

Esboqué una sonrisa forzada y negué con la cabeza.

—Estoy bien —afirmé, aunque no estaba segura—. Ha sido difícil, pero necesario.

—Lo sé —dijo, acurrucándose junto a mí, junto con Anthony. Me besó en el pecho, mientras yo le rodeaba la cintura y los abrazaba a los dos contra mí—. Estoy orgullosa de ti.

Sonreí, sintiendo cómo se me calentaba el corazón.

En ese momento, sentí que si los tuviera a los dos conmigo, todo iría bien.

Capítulo 14

Bella

— ¿Bella?

—¡Aquí estamos! —le grité a Thomas, que acababa de llegar a casa.

Era el atardecer de un viernes y yo estaba en el balcón con Anthony, que jugaba en su piletita.

— Como hace tanto calor, he decidido dejarlo a sus anchas en la piscina —le comenté a Thomas en cuanto nos encontró. Me derretí por completo cuando se inclinó para darme un beso.

Siempre pasaba lo mismo cuando llegaba a casa después de un día ajetreado de trabajo.

Aún no habíamos puesto nombre a lo que teníamos ni habíamos hablado de mi trabajo. La verdad es que no me veía alejada del bebé, aunque me gustaba mi profesión.

Era un dilema tremendo.

—Pareces cansado —le dije, observándole el rostro—. ¿Ha pasado algo?

Se inclinó hacia la pileta y acarició la cabeza de nuestro hijo, que empezó a balbucear el nombre de su padre.

— Pa... pa... pa... pa... — La cara iluminada de Thomas al oírlo era preciosa de ver.

—Ah, el mismo estrés de siempre —suspiró, sonriendo al bebé—. Creo que necesito unas vacaciones —me miró con ojos sugerentes.

Me reí de su descaro. No habían pasado ni tres meses desde que volvimos de Jamaica.

—Está muy mal acostumbrado, señor Thomas Willians — murmuré en tono divertido—. El éxito profesional exige sacrificios, ¿lo sabías?

Volvió a suspirar y se levantó.

—Lo sé. —Se metió las manos en los bolsillos mientras admiraba a su hijo—. Es solo que me siento un poco agobiado, no sé —se desahogó.

Me levanté de la silla en la que estaba y me acerqué a él.

—Eres un hombre con muchas responsabilidades, Thomas, así que es normal que a veces te sientas cansado —le dije, masajeándole la espalda y apoyando la barbilla en su hombro—. Pero míralo por el lado bueno... —contuve la risa—. Ahora ya estás en casa y podrás jugar con tu hijo el resto de la noche. ¡¿No es increíble?! —bromeé.

Al decir eso, intenté escapar de él, riéndome, pero ese muy pícaro fue más rápido que yo y me rodeó la cintura con los brazos.

—Oye, ¿qué pasa aquí? —me espetó—. ¿Adónde crees que vas, eh?

Gemí cuando su boca comenzó a recorrer mi cuello con besos.

—¿Cómo que adónde voy? A casa, claro —respondí, humedeciéndome los labios resecaos. Mis ojos se cerraron automáticamente al sentir la humedad de su lengua cálida y suave—. Además, tengo que preparar mis cosas para el viaje de mañana, ¿te has olvidado? —le recordé. Tenía que ir a Italia para el cumpleaños de la abuela.

—No entiendo por qué no te mudas aquí de una vez —refunfuñó, con aire molesto—. Las cosas serían mucho más fáciles si vivieras aquí, ¿no crees?

Me reí de su descaro.

—Más fáciles para ti, ¿no?, ivago! —Le di un codazo en las costillas, lo que le hizo quejarse y soltarme—. Así podrías

aprovecharme también los fines de semana. —Esta vez fue él quien se rió a carcajadas.

Me mordí los labios, recostándome contra la puerta. No me cansaba de admirarlo; Thomas era el hombre más guapo que había conocido jamás.

No podía ser hipócrita y afirmar que vivíamos en un mar de rosas, porque estaría mintiendo; sí que discrepábamos, y en muchos temas y aspectos, pero siempre encontrábamos la manera de ponernos de acuerdo. Y eso era lo que nos hacía perfectos juntos.

Podría dejar mi piso y mudarme a su ático, ya que, prácticamente, vivíamos juntos entre semana, pero él no me lo había pedido directamente. Y yo deseaba que me pidiera matrimonio.

—¿Y si Anthony y yo fuéramos contigo a tu tierra natal? —preguntó, animado.

Parpadeé, sacándome de mis pensamientos.

— ¿Qué? — Me quedé sin palabras.

—Nos vamos contigo al cumpleaños de tu abuela —repitió, haciendo que mi corazón se acelerara ante la mera posibilidad de que conociera a mi loca familia.

—Thomas... —empecé a decir, con la intención de disuadirlo de que pensara con claridad.

Me interrumpió, acortando la distancia entre nosotros.

—¡Está decidido! —exclamó con una de sus sonrisas más encantadoras—. Iremos contigo. —Me rodeó la cintura, dispuesto a besarme.

Sin embargo, le tapé la boca con la mano.

—¿Estás seguro de esto? —le pregunté, notando que mi respiración se aceleraba—. ¿Crees que estás preparado para conocer a mi familia?

Entornó los ojos, temeroso.

—Ahora sí que tengo miedo.

Me eché a reír, aparté la mano de su boca y, por fin, nuestros labios se tocaron.

— Solo quiero que no te sientas obligado a ir —me encogí de hombros, intentando no mostrar mi nerviosismo.

— Pero fui yo quien se invitó —declaró, riendo.

— Pues quiero que te acuerdes de eso cuando llegues allí —repliqué, divertida.

Su boca se abalanzó sobre la mía, haciendo que mi mente se convirtiera en pura gelatina.

Ese hombre me hacía perder los estribos y cualquier atisbo de razonamiento lógico.

Capítulo 15

Thomas

La Toscana es una región del centro de Italia que alberga paisajes exuberantes y ciudades medievales. No en vano, la zona es conocida como uno de los principales destinos del país y provoca suspiros con sus paisajes. Ha sido escenario de numerosas películas y encanta con su abundante gastronomía, llena de sabores irresistibles

—Viajar por la Toscana es un poco diferente a viajar a las grandes ciudades de Italia, como Milán o Roma —comenté.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Bella, mirándome fijamente. Estábamos en un coche de alquiler, de camino a las tierras de su familia. Anthony dormía plácidamente en su sillita.

—La Toscana es una zona de paisajes naturales preciosos, colinas verdes, hermosos atardeceres —señalé por la ventanilla, teniendo en cuenta que se acercaba el atardecer, por lo que el cielo nos regalaba sus hermosos colores gracias a los rayos del sol—, edificios majestuosos y varias ciudades medievales encantadoras, cada una con sus peculiaridades.

—Sí, es cierto —sonrió, pareciendo orgullosa de su lugar de origen—. Esta región fue ocupada por diferentes pueblos en los siglos pasados, entre ellos los etruscos, y fue escenario de muchas batallas y disputas entre las antiguas ciudades y sus pueblos dominantes.

— Ya he visitado el centro histórico de las ciudades de Siena, Pienza, Florencia y San Gimignano, con sus preciosas torres, la Piazza del Duomo de Pisa, los jardines de los Medici y los paisajes de Val'dOrcia.

— ¿En serio? —se sorprendió—. No sabía que te gustara ese tipo de cosas.

—Me gusta aprender sobre la historia de los países, los pueblos y sus culturas —respondí—. Enriquece mi espíritu.

Nos sonreímos el uno al otro.

De repente, el coche se detuvo. Vi cómo Bella respiraba hondo.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó.

Llevé la mano al tirador de la puerta, pero Bella me detuvo. Cuando la miré, vi la preocupación en su rostro.

— Oye, ¿qué pasa? —pregunté.

— Nada, es solo que... — Se calló y, acto seguido, suspiró — Es que no quiero que te sientas agobiado o con ganas de huir. — Soltó una risita. — Quiero mucho a mi familia, pero tienden a ser demasiado intensos... demasiado exagerados.

—Deja de pensar tonterías —suspiré, inclinándome para besar sus tentadores labios—. Llevas intentando asustarme desde que salimos de Nueva York, pero que sepas que no ha funcionado — declaré, arrancándole una risa.

Salimos del coche.

Bella rodeó el coche en el instante en que saqué a Anthony de la sillita.

—¡Ah, se ha despertado! —exclamó ella, con esa mirada llena de cariño hacia mi hijo—. Ven con la tía, ven... —y se lo quitó de los brazos sin miramientos.

Al mirar hacia delante, pude observar que se trataba de una zona rural, una típica finca familiar, ya que había varias casas, casi como un pueblecito.

—Es realmente un pueblecito —comentó Bella, como si me leyera el pensamiento—. El pueblecito de la familia De Luca. — Sonrió, guiñándome un ojo—. ¡Vamos!

La seguí, mientras echaba un vistazo a nuestro alrededor, admirando los extensos viñedos y las plantaciones.

—¡Ha llegado Bella! —gritó alguien en italiano—. ¡Chicos, ha llegado Bella!

Enseguida se armó un gran alboroto, lo que nos obligó a detenernos en medio del camino.

Había muchos niños jugando y corriendo entre nosotros.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó una preciosa niña de unos ojos increíblemente azules.

Me agaché para ponerme a su altura.

—Me llamo Thomas —respondí amablemente—. ¿Y tú?

Ella sonrió con dulzura.

—Me llamo Anna.

—Anna, hija mía —apareció una mujer, limpiándose las manos en el delantal que llevaba—. No molestes a la visita, cariño. Ve a jugar, vamos.

Me puse de pie, sonriendo amablemente.

—No estaba molestando —declaré en el mismo idioma—. Es una niña muy educada. —Le sonreí a la niña, que me devolvió la sonrisa. Luego se alejó para ir a jugar.

— Tía Antonella, este es Thomas, mi jefe y...

—Mi novio —añadí, ya que ella dudó al terminar la frase. La verdad es que ni siquiera la culpaba, ya que aún no habíamos puesto nombre a lo que teníamos. —Soy su novio —repetí, sonriendo y tendiéndole la mano a la mujer.

— ¿Qué? ¡Dios mío, Bella! ¿Te estás acostando con tu jefe?

—¡Tía! —exclamó ella, sonrojada—. ¿Te das cuenta? ¡Te manda saludos!

Escandalizada, Bella me agarró de la mano y se me llevó a rastras.

—Por favor, perdóname por esto —dijo, sacudiendo la cabeza, inconformista.

—Pero no ha mentido —declaré entre risas—. Estamos... acostándonos. Y mucho —susurré las últimas palabras.

—¡Cállate! —Me dio un golpecito, lo que aumentó mis ganas de reír.

En los minutos siguientes, me presentaron a tanta gente que até perdí la cuenta; eran tíos, tías y primos. No vi en qué momento ocurrió, pero a Anthony prácticamente nos lo arrebataron de los brazos. No había nadie que no se enamorara de mi hijo.

—¡Mamá! —Oí exclamar a Bella antes de lanzarse a los brazos de una mujer muy parecida a ella.

La emoción se apoderó de ambas. Fue precioso de ver.

Sin embargo, no pude seguir contemplando aquella preciosa escena, ya que una mujer se interpuso delante de mí.

Su expresión no era precisamente de las mejores.

—Solo tengo una cosa que decirte, Thomas Williams —me señaló con el dedo índice a la cara de forma amenazante, lo que me hizo parpadear, asustado—. Si le haces daño a mi hermana, tendré el placer de darte caza dondequiera que estés. — Se acercó más. Aunque mi instinto me gritaba que diera unos pasos atrás, me quedé donde estaba. — Te cortaré lo que tienes entre las piernas en mil pedacitos y te lo haré comer.

—¿Podrías dejar de amenazar a mi novio, Bianca? —preguntó Bella, con aire aburrido. La forma en que se refirió a mí como su novio me pareció tan acertada que sentí que todo mi cuerpo se completaba.

—No me hagas quedar en ridículo, Bianca, porque tu padre y yo os hemos educado muy bien a las dos —comentó su madre, acercándose a nosotros—. Encantada, Thomas —extendió la mano hacia mí—. Me llamo Alessandra. Creo que soy tu suegra —sonrió maravillosamente.

Cogí su mano y la llevé a mis labios, donde la besé con delicadeza.

—Es un placer conocerla, señora Alessandra —murmuré, educadamente—. Por cierto, a las dos. —Miré a Bianca, que estaba terminando de abrazar a Bella—. Me tranquiliza saber que mi chica tiene una leona como hermana, para defenderla en mi ausencia.

La chica arqueó las cejas, con aire de sorpresa.

—Bien dicho, cuñado —comentó admirada, aceptando estrecharme la mano—. Bienvenido a Italia. Bienvenido a nuestra familia.

Mi corazón se llenó de una sensación tan agradable que, por un momento, recordé la época en la que sentía lo mismo... la época en la que mi padre aún vivía.

Capítulo 16

Bella

— ¡Qué añoranza, abuelita! —Me lancé a sus brazos, inhalando ese olor suyo que tanto había echado de menos. Estaba en el balcón de casa, sentada en su mecedora, tejiendo algo muy bonito.

—Tenía miedo de que no vinieras, hija mía —comentó, llenándome la cara de besos—. No entiendo por qué decidiste irte a vivir tan lejos de la familia —refunfuñó. Nunca perdía la oportunidad de recordarme que no le gustaba que me hubiera mudado a otro país.

Ignoré la pulla y me levanté. Me volví hacia Thomas, que estaba de pie, esperando a que lo presentara.

Le hice un gesto para que se acercara.

—Abuela, este es Thomas...

— Encantado, abuela —me interrumpió, tendiendo la mano a la matriarca de la familia De Luca—. Soy el novio de Bella.

Mi corazón se aceleraba cada vez que él decía eso. Una cosa era que estuviéramos acostándonos, y otra, totalmente diferente, era que estuviéramos juntos, como novios.

—Ah, pero eres un chico muy guapo —dijo ella, admirando a Thomas, que estaba inclinado frente a ella—. ¿Estás cuidando bien de mi nieta? No sé si lo sabes, pero Bella no come bien y solo piensa en trabajar. Por cierto, me estoy dando cuenta de que tú también estás muy delgado...

Solté una risita.

— Abuela, no empieces... —la interrumpí, acercando a Thomas hacia mí—. Tienes que conocer a su hijo, es la cosita más mona del mundo.

—Ah, ¿tienes un hijo? —Arqueó las cejas, sorprendida.

—Sí, lo tengo. De hecho, es tu nieta la que me ayuda a cuidarlo —añadió Thomas—. No sé qué habría sido de nosotros dos si no fuera por ella. —Le sonreí, conmovida por sus palabras—. Voy a buscarlo para traerlo aquí y que lo conozcas.

Lo vi salir apresuradamente.

Me quedé mirándolo hasta que desapareció de mi campo de visión.

—Estás enamorada —dije, con la voz de mi abuela—. Lo veo claramente en tus ojos, querida. Ese hombre te sienta bien.

Sonreí y volví a arrodillarme para poder abrazarle las piernas y sentir su caricia en mi pelo.

—Sí, lo quiero, abu —admití—. Me enamoré de Thomas desde que empecé a trabajar para él.

—¿Entonces es tu jefe?

Asentí con la cabeza, avergonzada de lo que pudiera pensar de mí.

—Y él también te quiere.

Alcé la mirada para encontrarme con la suya, que tenía el mismo color que la mía. Era mi abuela por parte de madre.

—No lo sé —murmuré, nerviosa.

Su sonrisa iluminó todo su rostro.

—No era una pregunta, cariño. —Me acarició las mejillas con sus manos cálidas—. Me bastó con fijarme en cómo te mira. Ese hombre te quiere —reafirmó.

Me quedé tan desconcertada con su afirmación que no supe qué responder.

—Me ha llevado un rato, pero he encontrado a Anthony —dijo Thomas al regresar. Se acercó con su hijo en brazos—. Está causando furor entre las mujeres de la casa —bromeó.

Se acercó un poco más y dejó al pequeño en el regazo de mi abuela, que se quedó encantada.

Ni siquiera parecía que al día siguiente fuera a cumplir cien años. Su lucidez era admirable.

Thomas y yo nos sentamos en el suelo junto a ella y nos quedamos allí un buen rato, riendo y escuchando las historias de una de las mujeres más importantes de mi vida.

Era más de medianoche cuando, por fin, me acurruqué en la cama con Thomas después de acostar a Anthony en su cuna.

—Le ha costado conciliar el sueño —comentó él, atrayéndome hacia el calor de sus brazos—. Estaba muy animado.

—Espero que no le resulte extraña la casa, o nuestra noche será difícil —murmuré con una risita.

—Pues, en ese caso, tenemos que aprovechar la oportunidad —me susurró al oído, con tono sugerente, mientras recorría mi cuerpo con las manos—. Me muero de ganas de oír tus gemidos...

Me mordí los labios para evitar gemir en voz alta, mientras sentía cómo Thomas se metía bajo la manta y bajaba con besos húmedos por mi cuerpo febril.

Abrí las piernas después de que me quitara los pantalones cortos, junto con las braguitas.

Me estremecí al sentir el roce de su suave lengua deslizándose sobre mi clítoris palpitante; con los ojos cerrados, me concentré en sus caricias, esforzándome por no hacer ruido.

Nadie tenía por qué saber que estábamos haciendo el amor.

Unos largos minutos después, cuando Thomas me penetró, jadeamos el uno en la boca del otro con una sensación de plenitud.

Me encantaba estar así con él, porque me sentía completa.

Realizada.

Cuando nos corrimos, sus ojos estaban clavados en los míos, intensos... Me resultó imposible no preguntarme si mi abuela podría tener razón sobre los sentimientos que él sentía por mí.

Mi corazón deseaba que así fuera, ya que eso me convertiría en la mujer más feliz del mundo.

Capítulo 17

Thomas

Tenía que ser sincero y admitir que no estaba acostumbrado a estar rodeado de tanta gente, y que todos me hicieran mil y una preguntas sobre mi vida personal y mis intenciones con Bella.

Apenas había amanecido y prácticamente me vi obligado a hablar con su padre, que no entendía qué relación teníamos realmente su hija y yo.

—Su hija es importante en mi vida, señor De Luca —fui sincero. Él y yo estábamos apartados del resto, aunque podía ver a Bella a lo lejos. Parecía claramente preocupada por lo que su padre pudiera estar diciéndome. —Conozco a Bella desde hace casi cuatro años y puedo garantizarle que, sin ella, me siento perdido. Su hija me completa de una forma que solo ella es capaz de hacerlo.

El anciano me miró con recelo.

—¿Y cuándo piensas pedirle la mano? —preguntó con dureza—. ¿O acaso piensas hacer que mi hija siga esperando a que te apetezca un poco más?

Abrí mucho los ojos, sintiendo dificultad para tragar saliva.

—¿Y bien? —preguntó Bella, nerviosa, cuando me acerqué a ella—. Se ha pasado un poco, ¿no? —Me miraba con esa mirada culpable, mientras mecía a Anthony en sus brazos—. Lo siento mucho, Thomas. No tenía ni idea de que mi padre iba a exigir tener una charla contigo. —Se mordió los labios, intentando no reírse.

Negué con la cabeza, dejando claro con mi expresión que todo iba bien.

—No pasa nada. —Le di un beso en la frente y luego en la cabeza a mi hijo—. Solo quería asegurarse de que estaba cuidando

bien de su pequeña. —Mis ojos brillaron con picardía.

Imaginé sus mejillas sonrojadas.

—¡Deja de ser tan travieso! —exclamó, mirando a nuestro alrededor para asegurarse de que estábamos solos. Bella podía ser ardiente en la cama, pero se sonrojaba mucho al hablar de eso cuando estábamos en público.

De repente, Anthony empezó a balbucear:

— Mamá... mamá... mamá...

Tanto Bella como yo nos sobresaltamos. Anthony tenía los ojos clavados en ella.

—Thomas, él... —Se calló, con la voz entrecortada.

—Sí. —Sonreí con más franqueza—. Acaba de llamarte «mamá».

Para mi sorpresa, me entregó a mi hijo en brazos y, acto seguido, salió corriendo.

Me quedé sin entender nada.

—Si quieres ir tras ella, yo me quedo con el niño —oí la voz de alguien a mis espaldas. Era su hermana Bianca—. Bella es muy sentimental.

Asentí con la cabeza.

—Gracias. —Le entregué a Anthony. —Voy a ver cómo está tu hermana.

—Ve.

— ¿Bella? — La llamé mientras caminaba por los senderos de la extensa finca vinícola de la familia. — ¿Bella?

—¡Aquí! —Oí su grito de respuesta.

Al momento siguiente, la encontré sentada en el suelo, con las piernas dobladas a la altura de la cara. Me di cuenta de que estaba comiendo uvas.

— ¿Quieres? — Me ofreció la fruta.

Negué con la cabeza y me senté a su lado.

Decidí quedarme en silencio, limitándome a esperar a que se sintiera lo suficientemente cómoda como para compartir sus miedos conmigo.

—Perdona por haber salido corriendo así —dijo al cabo de un rato—. Pero es que... —respiró hondo y, a continuación, suspiró—. Quiero a Tony, ¿sabes? Lo quiero como si fuera mi propio hijo.

La miré.

—¿Y eso es malo? —pregunté, intentando entender su razonamiento.

—¡No, claro que no! —replicó, nerviosa—. Pero es que yo no soy su madre, Thomas, y, joder, acaba de llamarme «mamá».

La atraje hacia mí para que se acurrucara contra mi cuerpo, besándole el pelo.

—Tengo miedo, porque sé que algún día esta fantasía se acabará —añadió en voz baja.

—No va a acabar —le aseguré con vehemencia—. Te lo prometo.

Capítulo 18

Bella

Estaba teniendo lugar la comida de cumpleaños de la abuela y yo solo podía sentir lástima por Thomas, al que las mujeres de la familia no paraban de acosar.

—Se están pasando con él —comenté a Bianca, que miró hacia donde estaba Thomas—. ¿Te puedes creer que papá lo haya llamado para hablar con él hace un rato? No sé en qué época creen que vivimos estas personas. —Negué con la cabeza, mostrando impaciencia.

—Ese es el precio que hay que pagar para formar parte de la familia De Luca —afirmó ella, entregándome una bandeja con comida.

Puse los ojos en blanco, frustrada por sus palabras.

Me di media vuelta, pero grité en el instante en que esa descarada me dio una palmada en el trasero.

—No me hagas ese gesto con los ojos, chica.

Me eché a reír.

Una vez que la enorme mesa se llenó de comida en abundancia, nos sentamos todos a comer.

Anthony estaba en una trona, manchándose todo con su papilla.

— ¿Está rico, cariño, eh? ¿Está rico? —le balbuceé, loca de amor. Aún no había conseguido asimilar el hecho de que me hubiera llamado «mamá». No podía expresar con palabras la emoción que sentí al oírle llamarme así.

—Tu novio también tiene que comer, Bella —dijo mi abuela, sentándose en su sitio a la mesa—. Este chico está muy delgado y necesita alimentarse bien.

Me tapé la boca para contener la risa, mientras miraba a Thomas a mi lado, que había empezado a servirse.

—No te preocupes, abu —murmuró él, divirtiéndose con las manías de ella—. Ya me estoy sirviendo.

—¡Ni hablar! —exclamó ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Quién se llena el estómago con esa migaja de comida en el plato? —Señaló, poniéndose de pie—. Dame tu plato —exigió—. Yo misma te serviré.

Lo miré a él, que sonreía con incomodidad.

El bullicio a nuestro alrededor era frenético, con mucha gente hablando a la vez.

Cuando la abuela puso el plato delante de Thomas, me mordí los labios para no reírme ante la sorpresa que se reflejó en sus ojos. Tanto yo como los demás, sentados a la mesa, bajamos la cabeza, sintiendo lástima. Nadie se libraba de la abuela Violetta y su manía de querer meternos en la boca todo lo que había en la nevera. En su mente, una persona podía estar triste o cansada, pero si tenía el estómago lleno, todo iría bien.

—Buen provecho —se burló uno de mis primos, riéndose en voz baja.

Miré de reojo y me topé con Thomas, que parecía desesperado, aunque intentaba disimularlo.

Bajé la mano y le apreté el muslo, con la intención de asegurarle que estaba allí y que me sentía muy feliz de que él y su hijo también estuvieran conmigo.

—Tengo que reconocer que tu familia es de lo más intensa —murmuró al final del día, dejándose caer de bruces sobre la cama. Me eché a reír y me tumbé a su lado. Anthony ya estaba durmiendo. Había tenido un día ajetreado, con tanta gente prestándole atención, ya que era el único bebé de la casa. —Tu abuela me ha atiborrado de comida. En ese plato había comida para todo un año.

Escondí la cara en su cuello, intentando contener la risa.

—Te mereces un trofeo por haberte comido uno de los platos de la abuela.

—¿Pero quién ha dicho que me lo haya comido? —preguntó, obligándome a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿No te lo has comido? —Fruncí el ceño, confundida.

Negó con la cabeza.

—Ni aunque quisiera —dijo entre risas—. He llamado a *Leitão* —se refirió al perro del grupo.

No pude contener una carcajada, aunque me esforcé por no hacer demasiado ruido para no despertar al bebé.

—A Leitão le llaman así por los platos de la abuela, pobrecito.

Se abalanzó sobre mí, mordiéndose los labios con aire pícaro.

—Me lo imagino —murmuró, frotando la cara contra mis pechos y mordiéndome los pezones por encima de la camiseta—. Pero que te quede claro que toda esa comida hay que quemarla ahora mismo.

Me eché a reír de nuevo, y él me siguió.

Sin embargo, entre risas, besos y caricias, la excitación se impuso y volvimos a perdernos en los brazos del otro.

Capítulo 19

Thomas

Era nuestro último día allí en Italia, así que decidí llevar a Bella y a Anthony de paseo, o mejor dicho, fue ella quien decidió llevarme a mí de paseo.

El lugar más emblemático y la imagen más representativa de la región de la Toscana siempre será la cuna del Renacimiento, un conjunto de museos, galerías e iglesias con frescos en los que resuenan los nombres inmortales de Giotto, Brunelleschi, Donatello, Botticelli, Leonardo da Vinci y Miguel Ángel.

Cuando regresamos al pueblo de su familia —tras haber visitado algunos lugares emblemáticos de Florencia—, ya era casi de noche. Habíamos llenado el coche con un montón de regalos para repartir entre sus familiares.

Nada más entrar, nos encontramos con a todo el mundo apiñado en el salón de la casa de su abuela Violetta, que estaba tejiendo. De hecho, desde que llegamos del viaje, solo la había visto tejiendo.

—Hola a todos. Hola, abuela. —Bella se acercó a la anciana, que alzó la vista hacia nosotros, mostrándonos cariño y amor—. Thomas y yo te hemos comprado un regalo. —Volvió la cabeza hacia mí, así que le entregué el paquete.

—Es un recuerdo para que se sienta más cerca de su nieta —añadí, haciendo que sus ojos brillaran.

Cuando desenvolvió el regalo, se sorprendió por la delicadeza de la pieza. Era una pulsera con un colgante en forma de corazón, en el que se veía una foto de las dos.

—Así siempre podrá acordarse de mí cuando no esté aquí —dijo Bella, con la voz entrecortada.

—Oh, cariño, nunca me olvido de ti —dijeron ambas, emocionadas, mientras se abrazaban.

Aproveché ese momento y le entregué a mi hijo a Bianca, que se sorprendió, pero acogió a Anthony con alegría.

—Me gustaría aprovechar que estamos todos reunidos para intercambiar unas palabras con vosotros —comencé, de forma espontánea, captando su atención. Bella abrió mucho los ojos, sin entenderlo, ya que no se esperaba nada de aquello. —Bueno, nadie aquí me conocía hasta hace dos días, lo que me pone en una mala posición, ya que la confianza es algo que hay que construir con el tiempo. —Me froté las manos, sintiéndome nervioso—. Suelo bromear con Bella diciendo que soy un empresario de éxito, acostumbrado a tratar con miles de personas y a negociar con los principales directores ejecutivos de la industria alimentaria, pero cuando se trata de mi vida personal, soy un desastre.

Ella sonrió mientras se secaba las lágrimas que le resbalaban por las mejillas.

—Cuando nos conocimos, me mostró su lado profesional, la chica licenciada en administración de empresas y que habla tres idiomas, y eso me gustó. Me gustó porque era justo lo que necesitaba —conté, recordándolo—. Necesitaba a alguien como ella para ayudarme a poner orden en mi vida. —Respiré hondo y bajé la mirada por un instante. —Hasta que, casi cuatro años después, descubrí que tenía un hijo, Anthony —señalé hacia él, sonriendo—. Y meses después de ese descubrimiento, su madre, sin más, lo dejó en mi puerta, y me desesperé. ¿Qué iba a hacer yo con un bebé? Ni siquiera sabía cómo cambiarle un pañal.

—Es verdad. Se ensuciaba más que el propio pañal —declaró Bella entre risas. Algunos se rieron con ella, incluso yo.

—Fue entonces cuando acudí a la única persona que siempre estaba dispuesta a lidiar con mis líos —continué contando, señalando a Bella—. No había nadie que pudiera ayudarme, o mejor dicho, no había otra persona en quien confiara más. —Su preciosa sonrisa me calentó el corazón. —Fui egoísta. Estuve ciego durante

mucho tiempo, y todavía no puedo creer que tardara tanto en verla más allá de la chica que me sacaba de apuros en todo momento. Nuestra convivencia diaria en los últimos meses me hizo darme cuenta de que te necesitaba más de lo que imaginaba; me hizo comprender que nuestra historia se fue construyendo poco a poco, para hacerse realidad en el momento adecuado.

Me acerqué más, metiendo la mano en el bolsillo.

—Me confiaste tu amor —Me arrodillé ante ella, viendo cómo se tapaba la cara, incrédula—. Confiaste en mí cuando te expliqué que necesitaba tiempo para entender mis sentimientos. Podría decir que nuestra historia comenzó hace meses, pero no... —levanté la cajita de terciopelo—, porque empezó desde que nos conocimos. Simplemente tardé en darme cuenta de que te quería. Pero hoy, ante tu familia, Bella, puedo declarar mi amor incondicional por ti y por todo lo que significas para mí. Gracias por ser esta chica increíble. Gracias por cuidar de mí y de mi hijo como si fuera tuyo.

—No hace falta que me des las gracias... —murmuró entre sollozos, acercándose a mí y besándome.

—Cásate conmigo —le pedí contra sus labios.

Al apartarse, se quedó sin aliento al ver el anillo de diamantes dentro de la cajita de terciopelo burdeos. Ya lo había comprado incluso antes de embarcarnos hacia Italia; solo estaba esperando la oportunidad perfecta para hacerle la petición.

— Conviértete en mi esposa. — Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. — Ya siento que tú, Anthony y yo somos una familia, pero quiero hacerlo oficial. Quiero que lleves mi apellido. Quiero demostrarle al mundo que eres mía y que yo soy tuyo.

Temblando, extendió la mano.

— Acepto —susurró entre lágrimas—. ¡Oh, Dios mío, acepto!

Se lanzó a mis brazos, casi tirándome al suelo con la fuerza del impacto.

Podíamos oír el bullicio de todos a nuestro alrededor, pero ya estábamos aislados en nuestra propia burbuja de amor.

—Dilo otra vez... —me pidió, mirándome fijamente.

Sonreí, sabiendo lo que quería oír.

—Te quiero, Bella De Luca —declaré con fervor, sin el más mínimo atisbo de duda.

Nuestro beso fue breve —por culpa del público—, pero rebosante de promesas de amor.

Capítulo 20

Bella

Solo habían pasado dos semanas desde que Thomas y yo habíamos vuelto a Nueva York, pero ahora como prometidos.

No podía dejar de admirar el anillo que lucía en mi dedo; parecía un sueño.

Aún no habíamos fijado la fecha de la boda, porque primero teníamos que resolver muchas cuestiones, sobre todo, el cuidado de Anthony. Era consciente de que no podría pasarme el resto de mi vida haciendo de niñera, ya que necesitaba volver al trabajo. Pero solo imaginarme dejando a mi bebé con una persona desconocida ya me partía el corazón.

De tanto insistir, acabé vendiendo mi piso y mudándome al ático; los dos estábamos construyendo una historia juntos, así que lo más lógico era que viviéramos juntos.

Bianca me llamaba todos los días, ansiosa por saberlo todo y dejando siempre claro que toda la familia esperaba que la boda se celebrara allí.

En la empresa, Thomas y yo ya habíamos dejado claro que éramos pareja; obviamente hubo sorpresa y murmullos, pero lo único que me importaba era seguir viviendo mi cuento de hadas.

Thomas y Anthony eran mi mundo lleno de color.

El aire que llenaba mis pulmones.

— Mamá... mamá... mamá...

—Ya voy, hijo —le dije, mientras terminaba de prepararle el biberón. Empecé a referirme a Anthony de esa manera desde que empezó a llamarme «mamá». De hecho, así era como yo lo veía, como mi hijo de corazón.

Thomas estaba preparando algo para cenar, mientras yo revisaba unos documentos que él había traído de la empresa, ya que ese día no había podido ir.

—Es una oportunidad estupenda —le comenté, y luego le di el biberón a Anthony—. He oído que en Brasil a la gente le encanta el palomitas, así que creo que abrir franquicias de la marca *Popcorn More* será una inversión estupenda. —Sonreí, emocionada—. ¡Ay, ya tengo ganas de viajar allí y conocer Río de Janeiro! —exclamé con entusiasmo, haciéndole sonreír.

— Tanto si cierro el trato como si no, podemos viajar allí cuando tú quieras, *cariño* —murmuró, poniéndome la piel de gallina.

Me acerqué a él, que estaba removiendo el contenido de una cacerola en la cocina, y lo abracé por detrás.

—¿Sabes que me derrites por completo cuando hablas en italiano, *cariño*? —murmuré, deslizando la mano por su abdomen, bajando hasta la entrepierna, donde lo apreté.

— Bella... —gimió, apretando mi mano con avidez con la suya.

Dándose la vuelta, acercó su boca a la mía.

Sin embargo, nos interrumpió el sonido del timbre.

—¿Estás esperando a alguien? —le pregunté, sin aliento, contra su boca.

—No recuerdo haber quedado con nadie. —Me besó en el cuello y, acto seguido, me dio una palmada en el trasero cuando me di la vuelta. Lo miré, riéndome.

—Yo abro —le avisé. Me detuve frente a la trona de Anthony. —Ven con mamá. —Lo cogí en brazos.

Estaba llenando de besos el cuellecito regordete de mi bebé cuando abrí la puerta. Mi sonrisa se desvaneció al instante.

—Hola —murmuré, nerviosa, con un mal presentimiento. Apreté a Anthony contra mí—. ¿Puedo ayudarte?

La guapa mujer me miró de pies a cabeza y, a continuación, fijó la mirada en el niño que tenía en brazos.

—¡Hijo! —exclamó, acercándose con la intención de quitármelo de los brazos, pero me aparté, manteniendo a Anthony escondido contra mi pecho, mientras me giraba de lado. —¿Pero qué es esto? ¿Te has vuelto loca?

Ella parpadeó.

—Loca eres tú —replicó, a la defensiva—. Yo soy su madre —afirmó, haciendo que mi corazón se acelerara.

—Ni aunque digas que eres la Madre Teresa de Calcuta, voy a dejar que me quites a Anthony de los brazos —gruñí, amenazante.

Anthony empezó a llorar, asustado por la tensión que se respiraba en el ambiente.

—¿Qué es ese jaleo? —Oí la voz preocupada de Thomas—. Bella, ¿qué...? —Se calló al darse cuenta de quién era nuestra visitante indeseada—. ¿Jenna?

Me faltaba el aire.

—Hola, Thomas —lo saludó con una amplia sonrisa. Luego, la sonrisa se desvaneció cuando me miró fijamente—: ¿Podrías, por favor, decirle a esa zorra que me entregue a mi hijo?

El suelo bajo mis pies se estaba derrumbando, podía sentirlo.

Capítulo 21

Thomas

Ha habido muchos momentos en los que me he quedado paralizada, totalmente incapaz de moverme o de pensar con claridad...

Simplemente me quedé en blanco, aunque tenía los ojos abiertos.

Era extraño, pero en las últimas semanas llegué a plantearme que quizá no fuera una buena señal que las cosas me fueran tan bien en la vida, salvo por el hecho de que mi relación con mi madre seguía tambaleándose; hablábamos todas las semanas, pero aún faltaba algo.

Así que allí, en ese momento, frente a la mujer que, en cierto modo, había cambiado mi vida, no sabía qué decir. No sabía qué decir porque, por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo, miedo de que ella me quitara a mi hijo. Era el mismo miedo que sentí antes de perder a mi padre.

—¿Tu hijo? —oí decir a Bella con desdén—. Una madre de verdad no abandona a su hijo.

—Pero yo no lo abandoné —replicó Jenna—. Lo dejé con su padre.

—¿Qué haces aquí? —Por fin logré salir de mi aturdimiento y me acerqué a ella—. ¿Por qué has vuelto ahora?

Parpadeando con esas pestañas postizas, suspiró.

—Porque ya no podía soportar más la nostalgia de mi bebé —se quejó, acercándose de nuevo a Bella, que mantenía las manos firmes sobre Anthony—. He descubierto que mi hijo lo es todo para mí.

— ¿Lo has descubierto? — Bella se rió sin ganas. Parecía una leona feroz. — ¿Qué has hecho, eh? ¿Has hecho algún tipo de terapia o viaje espiritual para descubrir algo que deberías haber sentido en el momento en que te trajeron al mundo?

— Bella...

—¿Qué pasa, Thomas? —rugió, nerviosa—. No me obligues a entregarle a mi hijo.

— ¿Tu hijo? — Jenna me miró, atónita. — ¿Qué tontería es esta? ¿Por qué esta mujer se refiere a mi hijo como si fuera suyo?

Bella ya estaba llorando, mientras intentaba calmar a mi hijo, que también lloraba como si sintiera la angustia de la madre que lo sostenía.

—La única payasa aquí eres tú, que desprecias a tu propio hijo y luego quieres volver como si nada hubiera pasado —rugió Bella, feroz. —No te atrevas a acercarte. —Señaló con el dedo índice en el instante en que Jenna amenazó con acercarse.

Anthony gritó, asustado.

— Oye, tú...

—¡Ya basta, Jenna! —exclamé, interponiéndome entre ella y Bella como una barrera—. Bella tiene razón, no tienes derecho a estar aquí. Abandonaste a Tony y, sin más, te marchaste.

—Sí, pero ahora he vuelto —siseó, irritada—. Y quiero que me devuelvan a mi hijo.

Negué con la cabeza, esforzándome por controlarme, pues deseaba echarla de allí a patadas.

—¡Pues te vas a quedar con las ganas! Anthony no es una mercancía para que un día decidas que lo quieres y al siguiente ya no —gruñí.

Bella estaba refunfuñando a mis espaldas, aunque intentaba calmar a Anthony, que lloraba con tono afligido.

—No quería tener que llegar a esto, pero veo que me estás obligando —gruñó Jenna, rebuscando algo dentro de su bolso—.

Tengo la custodia de él, así que es mío. Y me lo voy a llevar conmigo ahora mismo.

Cogí el documento de su mano, sin poder creerlo.

—Thomas, por el amor de Dios, dime que ya has iniciado los trámites para asegurarte la custodia de él —murmuró Bella, dejándome sin suelo bajo los pies.

Me dejé caer en el sofá mientras leía aquel papel que me estaba destrozando el corazón, pedazo a pedazo.

—Thomas... —Bella se atragantó con el llanto, al comprender la gravedad de la situación.

—Iba a hacerlo ahora mismo con nuestra boda —le expliqué y la miré fijamente, sintiendo cómo se me llenaban los ojos de lágrimas—. Estaba pensando en hablar contigo para incluir tu nombre en su partida de nacimiento, como segunda madre...

—¡Qué escena más patética! —exclamó Jenna, indignada—. No he venido aquí para esto, solo quiero a mi hijo. Venga, pásame al bebé. —Le hizo un gesto a Bella, que negó con la cabeza—. Deja de ponerme trabas, porque basta con que haga una llamada para que la policía venga aquí, y todo esto acabará en los periódicos de mañana.

Suspirando, me puse de pie.

Me sentía destrozado, enfadado y frustrado, pero tenía que pensar con claridad en ese momento. Miré a Bella, que tenía el rostro empapado por un llanto incesante; apretaba a su hijo con tanta fuerza que me dolió el pecho solo de pensar en arrebatárselo.

—Bella...

—No, Thomas, por favor, no me obligues...

Mi rostro se contorsionó con lágrimas de dolor e impotencia.

—No quiero, pero tenemos que hacerlo —declaré en un murmullo doloroso—. Sin embargo, eso no significa que hayamos perdido la guerra. Anthony volverá con nosotros, cariño, te lo prometo.

Entre sollozos, miró a su hijo y lo cubrió de besos.

— Mamá te quiere, ¿vale? Por favor, no lo olvides...

Cuando me lo entregó, salió corriendo de allí, sin querer ver cómo se llevaban a nuestro hijo lejos de nosotros.

Inhalé su olorcito, intentando ser fuerte.

Tenía que serlo.

—Papá te promete que te traerá de vuelta —le susurré, con el corazón encogido.

—Las cosas podrían haber sido diferentes, Thomas —murmuró Jenna al coger a nuestro hijo de mis brazos—. No tenía por qué haber sido así.

—Estoy de acuerdo, no tenía por qué ser así —repliqué, con la voz entrecortada.

Era una mezcla de furia y angustia.

Cuando se marchó, tuve la sensación de que mi corazón se había ido con ella.

Capítulo 22

Thomas

— No me lo puedo creer, Thomas —lloriqueó Bella cuando aparecí en la habitación y la encontré sentada a los pies de la cama, con una ropita de él en las manos—. Dime que esto es una pesadilla, por favor...

Me acerqué a ella, que estaba en el suelo, y la atraje hacia mí. Mi corazón también estaba hecho pedazos.

—Ya he llamado a mi equipo de abogados —declaré, respirando hondo a pesar de las dificultades—. Vamos a recuperar a nuestro hijo —le prometí, abrazándola contra mi pecho y besándole la cabeza.

—Ella solo lo dio a luz —murmuró entre lágrimas—. No es su madre. No sabe lo que es ser madre.

—Lo sé, mi amor, lo sé —apreté con más fuerza su cuerpo tembloroso, abrumado por la intensidad de las emociones que la abrumaban.

Aunque Bella no hubiera dado a luz a Anthony, estaba sufriendo, igual que una verdadera madre.

En los últimos meses, había cuidado y amado a mi hijo como si hubiera salido de su vientre; lo había cuidado cuando tenía fiebre; se había levantado de madrugada cada vez que lloraba e incluso sabía interpretar sus llantos y sus balbuceos.

—Él no la conoce, Thomas —gimió, dolida—. Esa mujer es una desconocida para nuestro hijo.

La aparté, sosteniéndole la cara con las manos.

—Sé que ahora el golpe ha sido duro, pero tenemos que ser fuertes, ¿entiendes? —le dije con firmeza—. Tienes que creer que conseguiremos recuperarlo, tienes que luchar por él.

Asintió.

—Lo haré —susurró, tratando de recuperar el aliento—. Lucharemos.

Seguimos abrazados, dándonos fuerzas el uno al otro. La noche se hacía larga

— ¡No quiero excusas, Eric, quiero soluciones! —le gruñí a mi abogado por teléfono, mientras terminaba de ponerme la chaqueta.

—Dile que cuando se llevó al niño ya era bien entrada la noche —argumentó Bella, a mi lado. Estaba terminando de ponerse las sandalias—. Eso debería considerarse mala conducta, no sé. —Se encogió de hombros, nerviosa. Estábamos desesperados por cualquier cosa que pudiera devolvernos a Anthony.

—Jenna vino aquí a altas horas de la noche y, sin más, se llevó a mi hijo. ¿Eso no nos sirve de algo a nuestro favor?

A toda prisa, Bella y yo bajamos a la planta baja.

—Lo único que quiero es a mi hijo, Eric. ¡Nada más! —rugí, indignado—. ¡SÉ QUE ELLA ES LA MADRE, JODER! —estallé, fuera de control.

—Dile que nos vamos a la empresa —dijo Bella. Estaba aturdida.

Nos dirigimos hacia la puerta, pero cuando Bella la abrió, los dos nos detuvimos en seco.

Colgué el teléfono al instante, intentando asimilar lo que veían mis ojos.

—¿Mamá? —la llamé, sin poder creer que estuviera allí, con Anthony en brazos—. ¿Cómo...? ¿Qué?

— ¡¿Hijo?! — Bella se echó a llorar, extendiendo los brazos, ansiosa por coger a Anthony.

—Ve con tu madre, pequeño. —Se lo entregó a Bella, que no podía contenerse de la impaciencia—. Creo que está sucio —advirtió

frunciendo la nariz—. Me miró fijamente—. ¿Puedo pasar?

—Por favor... —hice un gesto con las manos, todavía atónito.

Bella subió con Anthony, mientras lo llenaba de besos.

— Mamá, ¿qué está pasando? ¿Cómo has cogido a Anthony? No entiendo nada —parpadeé, con la cabeza a mil. —Bella y yo estábamos a punto de salir para reunirnos con mi equipo de abogados con el fin de iniciar un proceso para obtener la custodia de Anthony.

Ella me miró con una sonrisa amable.

—¿Puedo sentarme? —Señaló el sofá que había detrás de nosotros.

—Claro —le indiqué, y luego me senté a su lado, ansioso por escuchar su explicación—. ¿Te importa si esperamos a que baje tu prometida? Quiero que ella también escuche lo que tengo que decir.

—No, no pasa nada —murmuré, frotándome las manos nerviosamente—. Estoy seguro de que Bella también está deseando entenderlo todo.

Apenas terminé de hablar, Bella bajó las escaleras, jugando con Anthony. Su felicidad era evidente.

—Sigo en éxtasis —dijo ella, irradiando felicidad. Me di cuenta de que tenía los ojos húmedos. Me levanté y me acerqué a ellos, abrazándolos a los dos y besando a mi hijo. Aunque aún no sabía el motivo por el que él estaba allí, no podía ignorar el alivio que sentía en el pecho.

—Por favor, sentaos —nos pidió mi madre. Hicimos lo que nos pidió. —Bueno, hijo mío, sé que últimamente me he convertido en una persona horrible —dijo, con la mirada baja—. He dejado que la futilidad y la vanidad dominaran mi vida, olvidándome de las cosas importantes. —Me di cuenta de que empezó a jugar con las manos nerviosamente. —Me olvidé de los mismos valores que te enseñé cuando eras niño; me olvidé del peso del amor, de la complicidad y de la familia. Sé que unas simples disculpas no

borrarán nada de lo que hice o dije, pero quiero que sepas que me arrepiento de haberte hecho daño, me arrepiento de haberte alejado de mí, hijo. Pero esa, curiosamente, fue la forma que encontré para enmascarar el dolor de la ausencia que tu padre me dejó, Thomas. —Me miró fijamente y, por primera vez, después de mucho tiempo, pude ver su vulnerabilidad—. Lo echo de menos todos los días, y esa ausencia hay que llenarla de alguna manera, ¿entiendes? —Asentí, sintiendo cómo se me oprimía el corazón en el pecho.

—¿Maltratas a la gente como forma de castigarla por el dolor que sientes por la falta de tu marido? —preguntó Bella, consternada—. Dios mío, necesitas ayuda. —Sacudió la cabeza.

—No estoy justificando mis errores —murmuró, secándose las lágrimas—. Sé que actué y sigo actuando de forma vergonzosa, y me arrepiento de ello —suspiró. Volvió a mirarme a los ojos—: Después de que me presentaras a tu hijo, decidí investigar toda la historia.

—Ahora entiendo de dónde has sacado esa manía por el control —lanzó Bella, mirándome de reojo—. De tal madre, tal hijo —puso los ojos en blanco.

—Entonces descubrí quién era su madre, Jenna Smith —continuó contando mi madre, sin hacer caso de las pullas de Bella—. ¿Sabías que está casada con un político influyente?

Abrí mucho los ojos.

—Ni siquiera sabía que estaba casada, y mucho menos con un político —dije, atónito.

—No me puedo creer que te hayas acostado con una mujer comprometida, Thomas —rugió Bella con los ojos entrecerrados fijos en los míos. Se enfadó tanto que llegó a levantarse.

—Pero yo no lo sabía —me defendí—. En aquel momento, ella me dijo que estaba soltera. Además, solo pasamos una noche juntos, y fue una noche de borrachera.

—No es de aquí, de Manhattan —explicó mi madre, hablando en voz alta para que su voz se impusiera a mi discusión con Bella. —

Y cuando se quedó embarazada, se vio obligada a quedarse en la ciudad, ya que no podía volver a casa con el hijo de otro hombre —exclamó Bella, incrédula—. Así que siguió engañando a su marido, alegando que su ausencia formaba parte de un año sabático.

—*iMio Dio!*

—Mi investigador me llamó anoche para contarme lo que había pasado, así que reuní todo lo que había descubierto, fui al hotel en el que se aloja y la amenacé con contárselo todo a su marido —explicó.

—Pero no entiendo qué pretendía al llevarse a Anthony, ya que no podía enseñárselo a su marido —comentó Bella.

—No quería nada más que poder —afirmó mi madre—. Conozco a tipas como esa mujer, ávidas de control por encima de todo. Esa zorra quería tener a Thomas en la palma de su mano, y sabía que mientras estuviera con el bebé, lo conseguiría todo.

Dejó de hablar en el momento en que sacó una carpeta de color marrón de su bolso.

—¿Qué es eso? —pregunté cuando me tendió la carpeta.

—Un documento firmado por esa zorra en el que renuncia a la custodia del niño —declaró, sonriendo—. A partir de hoy, el pequeño Anthony es todo vuestro —dijo, gesticulando con los ojos brillantes.

—¡Oh, *mamma!* —exclamó Bella con un grito ahogado de sorpresa. Ella y yo nos miramos, sin saber qué decir.

—A esa zorra le dio miedo que su succulento secretito llegara a oídos de su marido y, si eso ocurriera, probablemente perdería su buena vida —puso los ojos en blanco—. Así que prefirió renunciar al niño, al que, en realidad, nunca quiso. Conozco a muchas mujeres así.

—Me he quedado sin palabras —comenté, todavía desconcertado por todo aquello.

Hace unos largos minutos, Bella y yo estábamos asustados y sin perspectivas, aunque dispuestos a luchar por la custodia de

nuestro hijo, así que tener la certeza de que ahora era completamente nuestro resultaba surrealista. La sensación era indescriptible.

Suspirando, mi madre se puso de pie y se ajustó la correa del bolso al hombro.

—No hace falta que digas nada, hijo —dijo, sonriendo—. Ya me siento feliz solo con ser testigo de tu felicidad. —Luego miró a Bella—. Sé que las dos empezamos con mal pie, chica, pero quiero que sepas que me caes bien con mi hijo; le haces mucho bien.

Bella sonrió, acariciando con la nariz el cuellito de Anthony.

—A mí también me gusta que esté conmigo —bromeó, haciéndome sonreír.

—Mamá, muchísimas gracias —la atraje hacia mí para darle un abrazo—. Gracias por todo. Acabas de devolverme el corazón —la apreté contra mí, besándole la cabeza—. Te quiero.

Oí su suspiro de alivio.

—Soy tu madre, cariño —sonrió, acariciándome la cara—. Así que es mi deber protegerte. Además, nunca dejaría a mi nieto en manos de cualquiera. —Sus ojos se posaron en Anthony, y Bella levantó al niño para dárselo a su abuela, que le sujetó la carita regordeta. Anthony abrió su boquita y le chupó la mejilla, babeando su piel bien maquillada. —Ah, ¿ese ha sido un beso de agradecimiento? —le preguntó, en tono meloso, sorprendiendo a Bella y a mí. —No ha sido nada, cariño. La abuela siempre estará aquí para cuidar de ti, ¿vale?! —Le pellizcó las mejillas redonditas.

De repente, al darse cuenta de que Bella y yo estábamos observando su interacción con nuestro hijo, parpadeó, avergonzada.

Carraspeó, ocultando de nuevo sus emociones.

—¿Estás segura de que le has cambiado el pañal al niño? —preguntó, haciendo una mueca—. Porque sigo notando un ligero olor a pañal sucio.

Al decir eso, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida, limitándose a hacer un simple gesto de despedida con la mano.

Cuando Bella y yo volvimos a mirarnos a los ojos, nos echamos a reír a carcajadas, saltamos, nos abrazamos, nos besamos y volvimos a saltar...

No había un orden concreto.

Lo único que teníamos claro era que volvíamos a estar completos.

Los tres juntos formábamos la fórmula perfecta para la felicidad , y eso solo era el principio.

FIN

Epílogo

Bella

Seis meses después

Aunque mis ojos me lo mostraban, aún me costaba creerlo; me costaba creer que iba vestida de novia, caminando hacia el hombre de mi vida al son de la marcha nupcial.

El único hombre al que he amado.

La ceremonia se celebraba en Italia, en las tierras de mi familia, pero con la presencia de todas las personas importantes para nosotros, incluidos nuestros amigos de Manhattan.

En los últimos meses, podía afirmar que Thomas y yo ya vivíamos como marido y mujer, pero no era lo mismo. La celebración de la boda era la culminación de un sueño.

La certeza de la bendición celestial sobre los dos, sobre nuestra unión.

Emocionada, miré al frente, concretamente a Thomas, que me miraba con la misma emoción en los ojos; estaba guapísimo con ese traje a medida, que se amoldaba perfectamente a su tentador cuerpo, que me volvía loca día y noche.

Caminando delante de mí iba Anthony, que llevaba los anillos; ya tenía casi dos años y era la alegría de mis días.

El proceso de la tutela se alargó un poco, pero cuando terminó fue como si un enorme peso se nos hubiera quitado de encima; Thomas y yo apenas dormíamos, preocupados por la mera idea de perder a nuestro pequeño tesoro.

Anthony era nuestra luz.

Intenté no llorar mientras caminaba con mi padre a mi lado, pero me resultó imposible. Todo mi cuerpo estaba sintiendo la felicidad que significaba aquel momento.

Cuando llegamos al altar, mi padre me miró con la sonrisa más bonita del mundo.

—Sé feliz, hija mía —me susurró en italiano, besándome en la frente. Luego se dirigió a Thomas: —Te entrego uno de mis mayores tesoros, así que cuida bien de ella.

Thomas asintió con la cabeza, estrechando la mano de mi padre.

—Hacerla feliz es mi objetivo diario, señor De Luca —afirmó, dejando a mi padre con una mirada de satisfacción.

Después, se acercó a mi madre, a la abuela y a Bianca. El resto de la familia y los amigos estaban sentados en sillas que se habían colocado cerca de la bodega, con una decoración preciosa y muy romántica. Decidí celebrar la fiesta al aire libre.

De repente, Thomas me miró con un brillo en los ojos.

—Estás preciosa —susurró, haciéndome sonreír avergonzada.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamó Anthony con su voccita infantil, haciéndonos mirar hacia abajo. Todavía no hablaba con mucha claridad, pero siempre se esforzaba por hacerse entender.

Llevaba en alto el cojincito con los anillos, muy feliz y sintiéndose útil. Llevaba un traje que le habíamos mandado hacer, a juego con el de su padre.

Enamorado, Thomas se agachó para ponerse a su altura.

—Todavía no es el momento de ponerse los anillos, hijo, pero papá está muy orgulloso de ti. —Lo cogió en brazos y le besó la frente—. Te has portado como un chico bueno.

—Pero si es un chico bueno, papá —repliqué, acercándome a ellos y besando el cuello de Anthony, lo que le hizo sonreír porque le hacía cosquillas.

Mi suegra se acercó a nosotros, luciendo un precioso vestido.

—Ven con la abuela, cariño —le tendió las manos—. Tus padres tienen que casarse. —Se rió, sin ocultar el cariño que sentía por su nieto.

Mi relación con ella había mejorado mucho en los últimos meses, aunque seguíamos teniendo alguna que otra discusión sobre ciertas cosas, lo cual era normal. No existía ninguna familia perfecta. Las discrepancias servían para equilibrar la balanza.

En el fondo, empecé a entender mejor a mi suegra Scarlett después de descubrir su historia de amor con su difunto marido. El padre de Thomas fue realmente un gran hombre.

Perderlo fue un duro golpe para ella.

—Estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Thomas Willians y Bella De Luca —comenzó el reverendo.

Entrelacé mi brazo con el de Thomas, tomándole la mano. Temblaba de nervios, pero también de emoción y expectación; me sentía la mujer más feliz del mundo, porque me estaba casando con el hombre con el que había soñado. Y lo mejor de todo, en presencia de mi familia y de nuestros amigos.

—¿Aceptas tú, Bella De Luca, de tu libre y espontánea voluntad, a Thomas Willians como tu legítimo esposo?

Sonreí abiertamente.

—Sí —respondí, levantando su mano, que yo sostenía, para besarla.

—Y tú, Thomas Willians, ¿aceptas...

—Sí —interrumpió las palabras del reverendo, haciéndome sonreír entre lágrimas. De hecho, no solo a mí.

Así pues, en los minutos siguientes, ambos recitamos nuestros votos, que, en realidad, no eran más que declaraciones que ya nos hacíamos el uno al otro todos los días; Thomas y yo nos respetábamos y nos entendíamos, y eso me hacía ser consciente de la pureza del sentimiento que compartíamos.

Juntos éramos increíbles.

Después de intercambiar los anillos, que Anthony se encargó de entregarnos, oímos la voz del reverendo:

—Por el poder que se me ha concedido, os declaro: marido y mujer. Ya puede besar a la novia.

Sin pensarlo dos veces, Thomas me agarró por la nuca y me atrajo hacia él, uniendo nuestras bocas. El beso fue sencillo, aunque no por ello menos intenso. Estar con él siempre me hacía suspirar.

Sonriendo ante el ambiente que nos rodeaba, nos giramos para mirar a todos los que estaban allí, compartiendo nuestra felicidad.

Nuestra alegría parecía contagiarles.

—¿Cómo te sientes ahora que te has convertido en una Willians? —susurró Thomas, mirándome con ojos brillantes y apasionados.

Me mordí los labios, pícara.

—¿Cómo me siento...? —pregunté, fingiendo pensar. Acto seguido, me lancé a sus brazos—. Más rica, supongo —bromeé, haciéndole reír a carcajadas.

Ese sonido me calentaba el corazón.

Y haría todo lo que estuviera en mi mano para seguir haciéndole sonreír.

Dos días después

— ¿Dónde estás? —preguntó Thomas por teléfono. — *Ya estoy aquí, en el bar del hotel.*

—Ahora mismo bajo —respondí, mientras terminaba de abrocharme el pendiente—. Me he retrasado más de lo que me hubiera gustado —explicé con una risita—, pero ya estoy bajando —añadí, apresurándome—. Hasta dentro de un rato.

Colgué el teléfono. A continuación, me eché un último vistazo en el espejo del baño. Llevaba un vestido con una mezcla de tonos pastel, lleno de brillos, pero con la dosis justa de elegancia.

Habían pasado poco más de cuarenta y ocho horas desde nuestra boda y estábamos en Brasil. Hacía un mes, Thomas había sido invitado a dar una conferencia en uno de los mayores eventos de América Latina, celebrado en la ciudad de São Paulo, en un foro empresarial. La verdad es que él quiso rechazarlo, teniendo en cuenta la celebración de nuestra boda y, por consiguiente, nuestro viaje de luna de miel, pero yo insistí, explicándole que podríamos disfrutar de nuestras vacaciones, los dos solos, más adelante. Teníamos todo el tiempo del mundo. Sobre todo porque Anthony se había quedado al cuidado de su abuela.

Contenta con mi aspecto, por fin decidí salir de la habitación.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que acabé chocándome con dos chicas guapas.

—Oh, I’m sorry! —me disculpé en inglés—. Do you speak English? (¿Habláis inglés?)

— Sí, lo hablamos —respondió una de ellas, sonriendo amablemente—. ¿De dónde eres?

— Soy de origen italiano, pero ahora vivo en Nueva York — respondí en inglés—. Mi marido y yo estamos aquí para el Foro Empresarial; le han invitado a dar una conferencia. —Le tendí la mano—. Me llamo Bella.

—Es un placer conocerte, Bella —dijo la de pelo castaño claro—. Me llamo Clara —sonrió—. También estamos aquí para el evento.

— ¡¿En serio?! Menuda coincidencia —me sorprendí.

—Soy Leticia —murmuró la de pelo corto y un poco más oscuro que el de Clara—. ¿Vas a bajar? —Señaló hacia abajo—. Las dos estábamos a punto de ir al bar del hotel para reunirnos con nuestros maridos. Podrías venir con nosotras —me invitó, dedicándome una sonrisa amable.

Asentí con la cabeza.

—¡Claro! —exclamé—. Mi marido ya me ha llamado, preocupado por mi retraso —comenté, riendo.

—¿Cuánto tiempo lleváis casadas? —preguntó Clara mientras empezábamos a caminar.

—Dos días —respondí, riéndome.

Ellas me acompañaron.

En cuanto llegamos al bar, enseguida vimos a los tres mosqueteros^[5] charlando.

—Ese es mi marido —señaló Clara, refiriéndose al que estaba a la derecha de Thomas—, Alessandro Rocha. Él también va a dar una charla. Hablará sobre las tendencias actuales en el mercado de la moda, ya que tiene una cadena de tiendas especializadas en novias.

—¡Vaya, qué interesante! —exclamé, maravillada.

—Y ese es el mío —dijo Leticia, señalando al que estaba a la izquierda de Thomas—, Dalton Glover. Mi marido va a dar consejos sobre cómo impulsar un negocio, ya que cuando fundó su cadena de joyerías empezó de cero.

Les sonreí a las dos, encantada por la coincidencia de haberme topado con ellas en el pasillo, justo cuando nuestros maridos también se habían conocido en el bar.

—Pues vamos a verlos, chicas —murmuré, sonriendo—. Ya basta de tenerlos esperando —les guiñé un ojo.

Cuando mis ojos se cruzaron con los de Thomas, se me puso la piel de gallina al sentir la conexión que teníamos.

Podía sentirlo en cualquier lugar.

Podía sentir nuestro amor vibrando a través de nosotros como ondas magnéticas.

Le sonreí, con la certeza de que sí, mi cuento de hadas no hacía más que empezar.

FIN

^[1] ¡Maldita sea!

[2] ¡Mierda!

[3] ¡Maldición!

[4] Forbes, la revista de negocios y economía más prestigiosa del mundo.

[5] Los tres mosqueteros es una novela histórica escrita por el francés Alexandre Dumas. Publicada inicialmente como serial en el periódico Le Siècle entre marzo y julio de 1844, fue posteriormente editada en forma de libro, también en 1844, por Ediciones Baudry, y reeditada en 1846 por J. B. Fellens y L. P.
